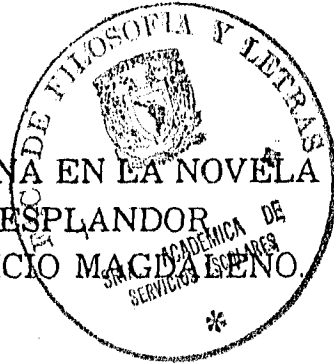


32
2 ej



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA
DE MEXICO

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
COLEGIO DE LETRAS HISPANICAS



EL INDIGENA EN LA NOVELA
EL RESPLANDOR
DE MAURICIO MAGDALENO

T E S I S

QUE PARA OBTENER EL TITULO DE
LICENCIADA EN LENGUA Y
LITERATURAS HISPANICAS
P R E S E N T A
MARCELA QUINTERO AYALA



DIRECTORA DE TESIS: MAESTRA AURORA M OCAMPO

MEXICO, D. F.

1996

**TESIS CON
FALLA DE ORIGEN**

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
COLEGIO DE LETRAS HISPANICAS

**TESIS CON
FALLA DE ORIGEN**



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A Dios,
mi familia, mis
maestros y mis
amigos.

*De la niebla salen, o la niebla vuelven: la gente de aquí viste ropas majestuosas, camina flotando,
calla o habla de callada manera.
Estos príncipes, condenados a la servidumbre, fueron los primeros y son los últimos.*

Eduardo Galeano.

*Somos el final, la continuación y el comienzo.
Somos el espejo que es cristal que es espejo que es cristal.
Somos rebeldía.
Somos la necia historia que se repite para ya no repetirse, el mirar atrás para poder caminar hacia
adelante.*

**Comunicado zapatista.
6 de abril de 1996.**

Agradecimientos.

Dios: Un amigo que me sonríe. Dios de resurrecci3n. No te detienes y yo me esfuerzo por alcanzarte.

Madre: Tu sentido del humor me ha ayudado a continuar en momentos difíciles. Admiro tu fortaleza.

Ch : Mi sensibilidad se la debo a los boleros y a la música de las Grandes Bandas que te gusta escuchar. Gracias por amar tanto a mi madre.

Maestra Aurora: Usted fue quien me dio la primera oportunidad. En su clase de Novela Hispanoamericana Contemporánea conocí el aspecto humano y espiritual de la literatura. Colaborar con usted en la elaboraci3n de la ficha de Mauricio Magdaleno, para el *Diccionario de Escritores Mexicanos*, represent3 una base s3lida para realizar esta tesis.

Frofesora Laura Martínez: A partir de usted decidí seguir esta profesi3n y la recuerdo a diario al impartir mis clases de Español en secundaria.

Maestra Eugenia Revueltas: Como profesora siempre está dispuesta a comentar nuestros trabajos y a aclarar nuestras dudas.

Edith Negr n, Héctor Perea y Eduardo Serrato: Gracias por sus comentarios y la dedicaci3n con la que leyeron este trabajo.

Marco Antonio Campos: Línea por línea revis3 mi tesis, hasta limpiarla de artículos, adjetivos, perifrasis verbales y nexos poco adecuados. Desde que lleg3 al Centro de Estudios Literarios no ha dejado de sonreír y de tener detalles con los becarios del *Diccionario de Escritores Mexicanos*.

Laura Navarrete: Gracias por no olvidar a tus becarios.

Adydianella: En realidad sigues sobre esas zapatillas de ballet, sonries y con valor haces todo con tal de mantener el equilibrio. Crecí contigo. Eres mi memoria.

Sharon: Contigo he aprendido la importancia de respetar a la gente más joven. Tu mundo tiene más luz de la que imaginas.

Gordis y Gordo: Un cariño incondicional.

Tillita: Me quisiste enseñar el mundo antes que nadie. Pensando en tu ejemplo no tengo tiempo de sentirme cansada

Carlos Eduardo: A través de tus ojos inmensos he visto el comienzo de una nueva vida.

Paty: Esta tesis es el resultado de muchas de nuestras conversaciones. Tú conoces todo, incluso lo que no está escrito. Gracias por saberme escuchar.

Nora: Aprendí que uno puede ser una estudiante dedicada y no obtener buenos resultados. No es necesario desvelarse ni vivir en la biblioteca, sólo es cuestión de relajarse y encontrar el lado divertido de la universidad.

Vero: Conoci de ti esa parte noble que ahora compartes con Dios.

Dula: Por creer en mi y compartir conmigo tus inquietudes.

Edith: Gracias por tu auxilio bibliográfico.

Horacio: No sólo han sido las asesorías de computación por teléfono, son las conversaciones acerca del presente y del futuro, tu amistad y todas las palabras que quedan por decir.

INTRODUCCIÓN.

El resplandor, de Mauricia Magdalena, ¿novela de la Revolución Mexicana o novela indigenista contemporánea?

Antecedentes.

A) Algunas críticas de la literatura, entre ellas Antonia Castro Leal, han calificado a la novela *El resplandor* (1937), de Mauricia Magdalena, dentro de la narrativa de la Revolución Mexicana y, otras, además, reconocen a su autor como el último narrador de este periodo de la literatura. De hecho, después de haber realizado una investigación de las referencias críticas que existen acerca de su obra, se ha podido comprobar que la gran mayoría de éstas forman parte de estudios acerca de la novela de la Revolución. Sin embargo, el objetivo del presente análisis no es desligar la novela de este periodo de la literatura, ya que *El resplandor* heredó características de esta etapa, sino estudiar también aquellas que la califican dentro de la novelística mexicana contemporánea. Antes de analizar cómo Mauricia Magdalena desarrolla el tema indigenista en *El resplandor*, es necesario reconocer qué características de la novela de la Revolución Mexicana conserva y en qué aspectos existe un avance con respecto a este periodo.

En primer lugar, debemos tomar en cuenta que con la Revolución Mexicana el país sufrió una honda transformación en sus estructuras políticas, sociales, económicas y culturales. El mexicana se cuestiona

acerca de su identidad y trata de definirse como un ser individual e independiente. Ante esta realidad los escritores se ven en la necesidad de dejar a un lado aquellos modelos de la literatura europea que antes habían imitado, y comienzan a realizar crónicas noveladas acerca de la realidad que en ese momento estaban viviendo. A partir de entonces la narrativa mexicana evoluciona, comienza a adquirir una identidad propia.

Ahora bien, esta realidad va a ser analizada por los narradores mexicanos desde distintas perspectivas. Seymour Menton¹ realiza una clasificación en la cual agrupa a los escritores de esta vertiente en cinco generaciones: A la primera, los nacidos entre 1873 y 1890, pertenecen aquellos que siendo médicos o abogados tuvieron que unirse al hecho armado y siguieron los ideales de Madero; a la segunda, que comprende los años de 1892 a 1902, pertenecen los que interrumpieron su educación por el estallido de la revolución y fueron formados en los campos de batalla como periodistas; Mauricio Magdaleno es colocado en una tercera generación, junto con José Revueltas y Agustín Yáñez, nacidos entre 1904 y 1914. A partir de esta generación los escritores colocarán a la Revolución Mexicana dentro de su perspectiva histórica. Esta distancia que media entre los escritores y el hecho armado da como resultado una narrativa en la cual se

¹ Seymour Menton, "La estructura épica de *Los de abajo* y un prólogo especulativo", en *La crítica de la novela mexicana contemporánea*, pp. 105-123.

analiza con mayor objetividad este hecho histórico. Además esta generación se sirve de nuevas técnicas narrativas que amplían la visión del lector acerca de los antecedentes y consecuencias de este movimiento.

La obra de Mauricio Magdaleno es heredera directa de la novelística de la Revolución Mexicana, de este modo, es necesario analizar qué características de esta vertiente conserva *El resplandor*.

En primer lugar, Antonio Castro Leal entiende como novela de la Revolución Mexicana al

... conjunto de obras narrativas, de una extensión mayor que el simple cuento largo, inspiradas en las acciones militares y populares, así como en los cambios políticos y sociales que trajeron consigo los diversos movimientos (pacíficos y violentos) de la Revolución, que principia (...) el 20 de noviembre de 1910 y cuya etapa militar puede considerarse que termina (...) el 21 de mayo de 1920.²

El resplandor no está inspirada solamente en las acciones militares y populares que se desataron en este periodo histórico. El tiempo que transcurre dentro de la novela abarca desde la Colonia hasta un periodo posterior a los años 20's. Magdaleno no realiza una crónica acerca de la acción armada, ésta es vista desde lejos. Lo que es analizado de cerca es el estado de desequilibrio social y político que impera después de la Revolución, la cual no logró cambiar las estructuras de injusticia y de represión hacia los sectores marginados de

² *La novela de la Revolución Mexicana*, tomo I, p. 17.

la sociedad mexicana, que fueron impuestas desde la Colonia y siguen vigentes hasta nuestros días.

Antonio Castro Leal observa en su estudio que dentro de estas narraciones de la Revolución varía el tratamiento del tema y el estilo de los escritores de acuerdo con su experiencia. Divide esta producción narrativa en cuatro tipos: novela de reflejos autobiográficos, de cuadros y de visiones episódicas, de esencia épica y de afirmación nacionalista. Analizaremos si *El resplandor* puede formar parte de esta clasificación.

Novela de reflejos autobiográficos.

El padre de Mauricio Magdaleno, partidario de Álvaro Obregón, fue dueño de dos tiendas ("La florida" y "La antigua chispa"), en las que, durante su infancia, el novelista fue testigo de hechos e historia de la Revolución Mexicana. Esta experiencia la representa a lo largo de su obra, en la cual se refiere a varias tiendas: "El paso de Venus por el disco del Sol" y "La perla de Hidalgo" (en *El resplandor*), "La fama de México" (en *Campo Celis*) y "La barca de oro" y "La boca de tierra caliente" (en los cuentos "Viernes Santo" y "Leña verde", de *El ardiente verano*). Sus vivencias como testigo del hecho armado las podemos encontrar, como memorias de la infancia, en algunos cuentos de su obra *El ardiente verano*. Por ejemplo en "Cuarto año" la narración principal gira alrededor de la historia de Fermín Barrientos, director de la escuela primaria donde estudió Magdaleno. El personaje estaba

enamorado de su profesora, la señorita Macías, quien al casarse abandona la escuela. El director muere y en su sepelio la señorita Macías dirige a los niños para que juntos canten "Marchita el alma", la canción preferida de Fermín. Magdaleno describe como telón de fondo el ambiente de inquietud que imperaba en Aguascalientes a causa de la Revolución. La población se dividía en carrancistas y villistas, pero la balanza se inclinaba más del lado de Villa: "¡Villa nos da la tortilla! ¡Carranza nos aprieta la panza!"³. Al margen de la narración principal nos dice que para Fermín Barrientos, Porfirio Díaz era "el arquitecto de México" y que su padre, quien en aquellos momentos fungía como presidente municipal de Aguascalientes, veía en Obregón "la verdad, la justicia y el deber".

Un ejemplo más de estos reflejos autobiográficos en la obra de Mauricio Magdaleno podemos encontrarlo en el cuento "Las carretelas", en el cual narra la historia de Ángel y Amparo, que se desarrolla también en Aguascalientes, dentro del mismo ambiente revolucionario del cuento anterior. Ángel se fuga con Amparo a San Luis Potosí sin el consentimiento del padre de ésta y sin el permiso de sus jefes militares, quienes recibían órdenes del general Francisco Villa. Al regresar a Aguascalientes, Amparo comienza a hacer visitas a la tía Amalia, que despiertan los celos de Ángel, los cuales crecen cuando se entera de que su mujer recibía unas cartas misteriosas. Termina

³ Mauricio Magdaleno, *El ardiente verano*, p. 43.

matándola en el cementerio, es aprehendido y posteriormente ejecutado. Cuando se narra la ejecución, Mauricio Magdaleno hace presente su voz como narrador testigo, a quien este acontecimiento lo afectó de forma personal: "No pude más y me uní contra la pared, llorando"⁴. Al final introduce el corrido que Gregorio Vela compuso a esta historia: "Abril del año quince...". Esto nos lleva a decir que Magdaleno narra anécdotas revolucionarias que forman parte de la tradición popular y en las cuales participó como testigo cercano. Mauricio Magdaleno recuerda el movimiento como lo vivió durante su infancia en Aguascalientes y estos reflejos autobiográficos los encontramos en algunos de los cuentos de *El ardiente verano*, pero no en *El resplandor*. Esta novela es narrada en tercera persona, el narrador no participa de los hechos que relata y el hecho armado de 1910 es referido sólo desde lejos.

Novela de cuadros y de visiones episódicas.

La novela de Magdaleno no cabe tampoco dentro del tipo de narraciones que están estructuradas con base en cuadros o visiones episódicas, ya que su línea argumental es precisa y está bien armada. *El resplandor* es narrada como una novela, no como una crónica novelada, debido a que presenta una historia como un todo, en el que cada acción está vinculada con las otras acciones:

⁴Mauricio Magdaleno, *El ardiente verano*, p. 74.

...cada peripecia, cada pracesa, cada historia, liene raíces en el pasada, prayecciones en la venidera, es un mera resarte que, al igual que en la vida, se canecta aquí y allá can otras peripecias, otros pracesas, otras historias. Desde sus arígenes hasta el presente, la novela quiere parecerse a la vida, quiere ser vida por sus cuatra castadas.⁵

La trama de *El resplandor* se desarrolla en el Valle del Mezquital, en el pueblo de San Andrés de la Cat, donde una comunidad de otomíes cría al huérfano Saturnino Herrera, hijo de Olegario Herrera, indígena de esta comunidad, y de Graciana, una mujer blanca. Siendo un niño Saturnino es elegido por el gobierno del estado de Hidalgo para ser trasladado a la capital del mismo, en donde realizará sus estudios. Al regresar a San Andrés, Saturnino es ya un hombre, que es respaldado por una campaña política que lo postula como gobernador del estado. La comunidad se llena de esperanza porque piensa que Saturnino acabará con la miseria, la represión y la injusticia de la que había sido víctima desde tiempos anteriores a la Conquista. Saturnino es elegido gobernador, pero no cumple con las promesas que hizo como candidato y cuando los indígenas se descubren engañados, por un momento son conscientes de su realidad. Las consecuencias son terribles: el administrador de la hacienda "La Brisa" es asesinado por toda la comunidad y como venganza su hermano manda a ahorcar a catorce indígenas y prende fuego a sus jacales. Sin embargo, después

⁵ Mario Benedetti, "Tres géneros narrativos", en "La Cultura en México", 2213, 16 noviembre, 1995, pp. 56-57.

de un tiempo, todo vuelve a la normalidad. Al final Saturnino pide que se elija un nuevo niño para ser educado en Pachuca, el cual es casi arrancado de los brazos de sus familiares.

Podemos notar que Magdaleno se centra en una trama bien delimitada, la narración tiene un eje temático a través del cual se analizan los problemas políticos y sociales de una comunidad indígena. Sin embargo, la trama no es lineal, se parte del presente para después saltar al pasado, del cual se vuelve al punto de donde partió la narración. El tratamiento que se da al tiempo no es el de la narrativa tradicional, éste representa la condena de un pasado siempre presente, de la repetición de lo mismo. De este modo, la estructura de *El resplandor* representa un avance con respecto a la que caracterizó a las novelas pertenecientes a la narrativa de la Revolución Mexicana.

Novela de esencia épica.

En la novela de Magdaleno el hecho armado es visto desde lejos, una voz colectiva, que representa al indígena de San Andrés de la Cal, pregunta con incredulidad: "Ya supo quesque hay bolas" (p. 57). Los Indígenas vivían alejados de la realidad y cuando Don Gonzalo, el propietario de "La Brisa", volvía de la capital les daba una versión enmascarada acerca de los levantamientos revolucionarios. Ellos sólo veían cómo "subían de la tierra, como remolinos que deshilachaban los aguasoles, voces de temor" (p. 58). Don Gonzalo mostraba su rabia e

impotencia ante el hecho armado, actitud que se agudizó con los triunfos revolucionarios. La realidad que revela Magdaleno es que la Revolución Mexicana no provocó ningún cambio en San Andrés de la Cal:

Al día siguiente [del triunfo de Madero] todo estaba lo mismo que antes. Nada había cambiado sobre la faz del planeta. El nuevo gobierno ni se metía con la "La Brisa", ni con las congregaciones religiosas, ni con las familias acomodadas, ni con las autoridades rapaces, ni con los indios de Río Prieto. (p. 60)

Antes de la Revolución Mexicana estaba muy claro que el cacique era el dueño de vidas y haciendas. El indígena debía someterse a esta verdad única. Después de la Revolución el único cambio fue que aquellos que estaban en el poder hacían creer al indígena en los falsos postulados de justicia social.

En *El resplandor* esta esencia épica es momentánea y se representa cuando Marcial Cavazos, cabecilla revolucionario, llega a San Andrés y convence a algunos miembros de la comunidad de seguirlo en la revuelta con el fin de salir de su miseria. Pero él también los abandona y muchos indígenas mueren en la aventura y otros regresan desilusionados.

Novela de afirmación nacionalista.

El espíritu nacionalista empezó a gestarse desde los movimientos de Independencia y adquirió mayor fuerza durante la Revolución Mexicana. Mauricio Magdaleno, por pertenecer a la tercera generación de novelistas de la Revolución, según apunta Seymour Menton, conjuga en sus creaciones el deseo de incorporarse a lo universal y de hacer patente, a la vez, su espíritu nacionalista. En *El resplandor*, por un lado, Magdaleno da cuenta de la situación de miseria e injusticia que imperaba en México antes y siguió imperando después de la Revolución Mexicana, la cual traicionó sus postulados; por el otro, nos da una visión nueva acerca de la situación del indígena mexicano que va más allá de las anteriores concepciones idealistas que sobre él se tenían. Si bien a Magdaleno le preocupaban los problemas de su nación, en su novela también plantea un conflicto que trasciende a todo el género humano y es la relación entre quienes ejercen el poder y los que son sometidos (relación víctima-victimario).

Después de haber revisado las características de novela de la Revolución que refiere Antonio Castro Leal es necesario ver otras que han sido analizadas por diferentes críticos. Boyd G. Carter destaca los valores estructurales de la novela de Magdaleno (la acción espiral que se da a través de un momento de esperanza y otro de desesperanza, lo circular representado por un pasado que se repite en presente y un

futuro que se remite al pasado y el sentido lineal representado por la generación de los Fuentes) y encuentra además en esta obra el sentido de lo nacional y lo universal:

Es dudoso que exista otra novela hispanoamericana tan arraigada en un contenido y esencia nacional que logre concretar más artísticamente tanta esencia universal de la soledad y del dolor humano.⁶

Luis Arturo Castellanos en su estudio titulado "La novela de la Revolución Mexicana"⁷, nos dice que los novelistas de la Revolución sirvieron a ésta a través de la denuncia y la verdad. Magdaleno realiza en su novela una denuncia social y nos muestra cuál es la realidad existente en el Valle del Mezquital. Salvador Reyes Nevares, quien coincide con Luis Arturo Castellanos, dice que el choque del escritor con la realidad es lo que lo lleva a escribir en un tono que denuncia las injusticias por las que atraviesa el pueblo mexicano y es precisamente ese tono el que fortalece la narración: "No es el tema, pues, lo que hace a la novela de la Revolución. Es el tono"⁸. En *El resplandor*, Magdaleno denuncia injusticias que se repiten aún después del movimiento armado, por eso encontramos una visión desilusionada e incluso pesimista de la realidad, debido a que los gobiernos de la Revolución no cumplieron con los postulados de ésta. Esto podemos

⁶ Boyd G. Carter, "El resplandor de Mauricio Magdaleno: su estructura clásica", "Revista Mexicana de Cultura", 1091, 25 feb. 1968, p. 2.

⁷ Luis Arturo Castellanos, "La novela de la Revolución Mexicana", en *La crítica de la novela mexicana contemporánea*, pp. 19-49.

⁸ Salvador Reyes Nevares, "La novela de la Revolución", *Ibidem*, p. 60.

encontrarlo, apunta Luis Arturo Castellanos, en las novelas *Tierra y El indio*, de Gregorio López y Fuentes, y en *Pedro Páramo* y el *El llano en llamas*, de Juan Rulfo:

...la historia de esa revolución agraria anunciada en los planes y de la mentira de muchas promesas queda registrada en la obra de algunos narradores mexicanos. Unos pocos e ilustres nombres bastarían para mostrar, también aquí, la sensación desilusionada que estos escritores expresan.⁹

Este mismo crítico considera que *El resplandor* es una de las mejores novelas escritas en el ciclo de la temática revolucionaria: "Allí queda su denuncia de la reforma agraria, como para lo político en *La sombra del caudillo*, y para lo obrero, en *Nueva burguesía*¹⁰. En este sentido, la novela de la Revolución no es sólo aquella que refleja en sus páginas la insurrección reformista contra la dictadura de Porfirio Díaz, sino también la que señala las consecuencias de dicha insurrección. Helena Beristáin considera que Magdaleno es uno de los mejores novelistas de esta narrativa, y lo coloca a la altura de Mariano Azuela y Martín Luis Guzmán:

Tres libros son, a mi juicio, los más completos y valiosos que produjeron los tres escritores que nos ocupan; unidos los tres, se obtiene un cuadro cabal en cuanto al significado y a las consecuencias del movimiento armado. Estos son: *Los de abajo*, de Mariano Azuela, *Memorias de Pancho Villa*, de Martín Luis Guzmán y *El resplandor*, de Mauricio Magdaleno.¹¹

⁹ Luis Arturo Castellanos, *Ibidem*, p. 41.

¹⁰ *Ibidem*, p. 44.

¹¹ Helena Beristáin, *Reflejos de la Revolución Mexicana en la novela*, p. 41.

Beristáin considera que *El resplendor*, entre estas tres, es la única que tiene como tema central el de la insurrección en la etapa de sus consecuencias. A través de su novela Magdaleno completa la visión que puede tenerse acerca de la Revolución Mexicana. Sin embargo, como bien anotó Luis Arturo Castellanos, no es el único. *La sombra del caudillo*, de Martín Luis Guzmán, se ubica también en una etapa en la que el movimiento armado ya había terminado. El presidente de la República representa al caudillo y bajo su sombra se deja ver cómo los principios revolucionarios se habían trastocado por obra de políticos sin conciencia moral. Catarino Ibáñez, personaje que representa a uno de tantos dirigentes revolucionarios que siendo analfabetas llegan a ocupar un puesto importante en el gobierno, sentía la seguridad de que la Revolución había sido justa con él porque poseía un capital de seiscientos cincuenta mil pesos y podía darse el lujo de alimentar a un grupo de indígenas que apoyaban al candidato a la presidencia de su elección. Dar de comer a estos indígenas lo hacía sentir que estaba cumpliendo con el postulado revolucionario de la igualdad y no dudaba en proclamarlo a los demás con una sonrisa de "convencimiento democrático"¹². De la misma forma en *El resplendor*, Saturnino Herrera necesita que los indígenas de San Andrés lo apoyen en la campaña política que lo postula como gobernador del estado, y ayudado por Melquiades Esparza, presidente municipal y dueño de la

¹² Martín Luis Guzmán, *La sombra del caudillo*, p. 469

liendo de royo de San Andrés de lo Cal, los troslo do a Pochuco a uno monifestoción polílica y "generosamente" los compensa con pulque y barbacoa. A lo largo de la novela Melquiodes Esporzo vo odquiriendo poder y riquezas precisamente porque está consciente de que yo no eran los tiempos del porfirismo y, que después de ese aporente "triuño revolucionario", ero necesario engoñar o los indígenas:

Gobernar es fácil y administrar es sencillísimo siempre que concurren en el prominente nociones de la realidad, práctica en el manejo de los hombres y experiencia de la vida. Los indios, al fin y al cabo, ¡se conforman con tan poco!, ¡tienen tan pocas necesidades! Total, su ración de maíz y sus litros de pulque cada semana, y unos cenlavitos para dartes la ilusión de que están bien pagados. (p. 237)

Si bien ambos autores denuncian las injusticias más allá del movimiento armado de 1910 y desenmoscoran o los encargados de que lo continuidad revolucionaria no se interrumpiero. Magdalena do una visión más amplia, porque su novela no sólo se centro en uno época posterior al movimiento armado, sino que la dotó de un sentido de historicidad: lo explotación de esto comunidad indígena es onolizada desde épocas anteriores o lo Conquista, cuando los otomíes sufrían o causo de lo opresión del pueblo ozteco, y vo oún más allá del término de lo Revolución Mexicana. Incluso Magdalena dejó un final abierto, o través del cual el lector puede interpretar que eso miseria continuó. *El resplandor* más que pertenecer o la narrativa de lo Revolución, es heredero de esto vertiente. Lo Revolución Mexicana no es el tema principal de esta novela, esto sólo es onolizada desde su

perspectiva histórica, como anota Seymour Menton. Así que en el siguiente apartado analizaremos qué ubicación tiene esta novela dentro de la narrativa indigenista mexicana.

B) *El resplandor* dentro de la narrativa indigenista contemporánea.

Indianismo e Indigenismo.

A partir de la narrativa de la Revolución Mexicana los escritores abandonan aquel modelo importado de las grandes corrientes de la literatura europea y crean uno propio, comprometido con su realidad. Uno de esos problemas reales era la condición de miseria y abandono en la que vivían las comunidades indígenas de nuestro país. Gregorio López y Fuentes, comprometido con esta realidad, denuncia este problema en su novela *El indio*. Para César Rodríguez Chicharro este escritor es el iniciador de la novela indigenista mexicana¹³, sin embargo, podemos encontrar en *El indio* características en las que todavía es muy patente la influencia de la corriente indianista. En cambio en *El resplandor* estas características de la novela indianista son superadas en forma considerable. Antes de realizar una comparación entre ambas novelas es necesario definir qué significado tienen en la literatura los términos indianismo e indigenismo.

¹³ César Rodríguez Chicharro, *La novela indigenista mexicana*, p. 153.

En la introducción que realiza César Rodríguez Chicharro a su obra *La novela indigenista mexicana*, analiza los conceptos de Concha Meléndez y Cometta Manzoni acerca del indianismo e indigenismo literarios. La primera afirma que las novelas indianistas son todas aquellas "en que los indios y sus tradiciones están presentados con simpatía"¹⁴. Esta simpatía puede ser representada de dos formas: como "mera emoción exotista" o como un "exaltado sentimiento de reivindicación social". Cometta Manzoni distingue entre indianismo, pintura de los aspectos externos del indio, e indigenismo, en el que son valorados los elementos sociales del mismo¹⁵. César Rodríguez Chicharro propone una nueva denominación: novelas de recreación antropológica, ya que considera necesario valorar la investigación antropológica de campo, la cual "por primera vez nos ha informado de una manera sistemática y científica del estado actual de muchas comunidades indígenas"¹⁶.

Joseph Sommers en su artículo "El ciclo de Chiapas: nueva corriente literaria"¹⁷ analiza ocho obras que forman parte de la narrativa indigenista contemporánea: *Juan Pérez Jolote*, de Ricardo Pozas, *El callado dolor de los tzotziles*, de Ramón Rubín, *Los hombres verdaderos*, de Carlo Antonio Castro, *Benzulul*, de Eraclio Zepeda, *La*

¹⁴ *Ibidem*, p. 11.

¹⁵ *Ibidem*.

¹⁶ *Ibidem*, p. 12.

¹⁷ Joseph Sommers, "El ciclo de Chiapas: nueva corriente literaria", en *La crítica de la novela mexicana contemporánea*, pp. 125-143.

culebra tapó el río, de María Lombardo de Caso y *Balún Canán*, *Ciudad Real* y *Oficio de Tinieblas*, de Rosario Castellanos. Los puntos en común de estas obras son:

1. El punto de partida del escritor es el indígena dentro de su propio contexto cultural.
2. El personaje indígena es dotado de una personalidad auténtica.
3. A través de estas obras es representada la angustia de un grupo que lucha por vivir en ásperas circunstancias.
4. Son tomados en cuenta los criterios culturales, la cosmología y la psicología del indígena.
5. Las ideas de estos escritores son profundas y sugestivas.
6. Se da un panorama amplio de la sociedad.
7. Son recopilados testimonios orales.
8. Es superado el punto de vista subjetivo y hasta compasivo que caracterizó a la literatura anterior.
9. Se pone en tela de juicio el valor real de la Revolución Mexicana.

Sommers deja fuera de este grupo a las novelas: *El indio*, de López y Fuentes, *La rebelión de los colgados*, de B. Traven y *El resplandor*, de Mauricio Magdaleno, pues considera que éstas son motivadas fundamentalmente por un espíritu de protesta social: "lo que hacen es preocuparse por cambiar la mentalidad y la conciencia social de sus lectores"¹⁸. Según este autor ninguna de estas tres novelas logra

¹⁸ Joseph Sommers, *Ibidem*, p. 126.

concretar un personaje indígena convincente. Sólo Mauricio Magdaleno se interesa por superar la calidad de la técnica narrativa. *El resplandor* y *El indio* desenmascaran la corrupción dentro de la Revolución y B. Traven presenta al indígena como un proletario explotado más.

Ángel Rama¹⁹ considera que esta incorporación del indio como personaje de la literatura latinoamericana ha evolucionado dentro de un proceso de transculturación, a través del cual éste ha empezado a formar parte de la cultura mestiza, con el fin de que ambas partes lleguen a la creación de nuevos procesos culturales. El punto culminante de su análisis se encuentra en la obra del escritor peruano José María Arguedas, de la cual sobresalen los siguientes puntos, que superan la anterior visión que se tenía acerca del indio latinoamericano:

1. La visión regionalista anterior trasciende en una visión universal.
2. La lengua indígena lejos de ser imitada, es reelaborada. Se recuperan las estructuras de la narrativa oral y popular, desde una perspectiva interpretativa. Se prescinde del uso del glosario, ya que se considera que las palabras pueden ser entendidas dentro de su contexto.
3. Son valorados los componentes míticos e históricos de la cultura indígena. El componente mítico es visto como una historia verdadera, no como una ficción, invención o fábula.

¹⁹ Ángel Rama. *Transculturación narrativa en América Latina*.

4. El narrador tiene una formación antropológica, que lo lleva a preocuparse por el resguardo de la identidad nacional, de los valores éticos y filosóficos de la tradición indígena que entiende como superiores, por sus conceptos de propiedad, trabajo, solidaridad de grupo, naturaleza y humanismo.
5. Se revisan los contenidos culturales regionales a la luz de los cambios modernistas. Se moderniza el producto artístico indígena sin destruir su identidad. No se trata de idealizar una cultura indígena pura, sino valorarla como algo viviente y actual.
6. Deja de existir una voz narrativa que se oponga a la del personaje. El personaje indígena es el que narra, manifestando así su visión del mundo.
7. Existe una Integración armónica del personaje indígena con el contexto geográfico.
8. A la estructura tradicional de la cultura dominante (novela y cuento), se introducen las formas originarias de la cultura indígena, que son la canción y el cuento folklórico.

Al analizar las posturas anteriores podemos encontrar que Cometta Manzoni considera que el elemento social es el primero que separa a la literatura indianista de la indigenista. Rodríguez Chicharro piensa que el elemento antropológico debe ser visto aparte, mientras que Sommers incluye como novelas indigenistas también a aquellas cuyos autores parten de una investigación antropológica (*Juan Pérez Jolole y Los*

hombres verdaderos). Ángel Rama opina que el autor de literatura con tema indio debe tener una formación antropológica y conocer integralmente el mundo indígena y el mestizo, para que los personajes indios se incorporen en una sociedad más completa y los mestizos participen también del mundo indígena.

Ante las consideraciones anteriores acerca de la literatura con tema indígena, podemos ubicar la novela *El resplandor*, de Mauricio Magdaleno, como una de las precursoras del movimiento indigenista en la narrativa mexicana contemporánea. La obra de Magdaleno es heredera de la narrativa de la Revolución, es por lo anterior que conserva el tono de denuncia de un narrador cuya voz no permite todavía que el personaje indígena se exprese por sí mismo y que el lector juzgue las situaciones que le son presentadas. El punto de vista ideológico bajo el cual Magdaleno se inicia en la literatura es, según anota Carlos Monsiváis, el siguiente:

La Revolución fue traicionada, los mejores fueron asesinados, el sentido del relato es la denuncia y la reconstrucción del temperado lacerado y escéptico.²⁰

Esa denuncia la realiza después de haber comprobado que la Revolución Mexicana no había cumplido con su cometido, lo cual amplía la visión que sobre este movimiento nos dieron los narradores de la Revolución. De tal forma que Magdaleno al estar en medio de dos

²⁰ Carlos Monsiváis, "La Revolución Mexicana y sus disidentes", "La Cultura en México", 1268, . 16 jul. 1986, p. 45.

generaciones literarias, enriqueció la visión de la primera, a la cual le debe mucho, y dio a la literatura mexicana elementos que conformarían una narrativa indigenista contemporánea, en los cuales centraremos el análisis de su obra. Magdaleno nos da una visión nueva del indígena, ya que lejos de mostrar simpatía o compasión hacia él, nos demuestra que el cambio que debe operarse en la vida de estas comunidades depende también del mismo indígena.

El resplandor, en relación con *El indio* y *La rebelión de los colgados*.

César Rodríguez Chicharro considera que la novela *El indio*, de Gregorio López y Fuentes, es la iniciadora de la literatura indigenista mexicana. Joseph Sommers, en cambio, coloca a ésta y a *La rebelión de los colgados*, de B. Traven, fuera de la corriente indigenista. La importancia de la novela *El indio* radica en que a partir de la narrativa de la Revolución se dio al tema indígena una dimensión social, pues el autor nos hace ver que estas comunidades son marginadas por parte del gobierno y la iglesia, de quienes sólo reciben órdenes y no soluciones a sus problemas. Muestra que durante la Revolución muchos indígenas permanecieron al margen de los acontecimientos, acerca de los cuales sólo recibían la noticia de que algo muy grave sucedía entre "la gente de razón". Magdaleno, como ya lo hemos analizado, también comprueba que el movimiento armado no cambió la situación de

miseria de los indígenas; sin embargo, aunque en ambas novelas se hace patente un sentimiento de protesta social, como bien apunta Sommers, es en *El resplandor*, en la que encontramos más características que la colocan como iniciadora de la corriente indigenista contemporánea, con respecto a *El indio* y también a la *Rebelión de los colgados*.

En *El indio* se realiza una descripción todavía maniqueísta de los personajes. Para López y Fuentes el indígena es un ser bueno de alma, saludable, fuerte y ágil. Los invasores que llegan a la comunidad indígena son seres ambiciosos, abusivos e instintivos. Aparentemente en *El resplandor* existe la misma división, ya que la familia Fuentes tiene el control y el indígena es un ser desprotegido; sin embargo, para Magdaleno éste no es sólo la víctima de sus patrones, sino también de sí mismo, de su apatía y de su conformismo, lo cual revela en esta novela un planteamiento más complejo de la situación indígena. Además, el indígena de Magdaleno no es descrito de forma tan ideal como lo hace López y Fuentes, ya que éste es un hombre gris, enfermo y sin esperanza. En cuanto a la descripción del contexto geográfico, encontramos en *El indio* al indígena en armonía con su ambiente. Por ello, los invasores, que no pertenecen a ese sitio, necesitan de un guía para explorar el monte. *El resplandor*, en cambio, revela la miseria de una tierra seca y estéril, que Juan Rulfo posteriormente representaría en su obra. En cuanto a la técnica narrativa, la novela de López y Fuentes

toma como hilo conductor de la narración la historia de un hombre que quedó lisiado al haber servido de guía en el monte a aquel grupo de extraños. López y Fuentes a partir de esta historia da a conocer las leyes que establecen el orden social en dicha comunidad: sus rituales, educación y cultura. La narración se estructura a partir de cuadros episódicos. Como lectores nos da la impresión de estar observando un documental en el que sólo es posible escuchar la voz del narrador que analiza, todavía desde fuera, las situaciones que se desarrollan frente a él y la voz del indígena apenas representa un murmullo. En la novela de Magdaleno, como afirmó Joseph Sommers, es patente la preocupación del autor por superar la técnica narrativa, ya que la narración no es lineal y además se insertan párrafos donde surge el libre flujo de la conciencia en los personajes indígenas y rupturas de la sintaxis tradicional que revelan el sentir colectivo de la comunidad. Por otra parte, la prosa de este autor es enriquecida con imágenes poéticas que nos acercan más a la problemática indígena.

B. Traven en su novela *La rebelión de los colgados*, al igual que López y Fuentes, en *El indio*, nos explica la forma de vida de una comunidad indígena a partir del modelo de una familia. Los indígenas son descritos también en forma ideal; por ejemplo, el personaje de Martín Trinidad es un hombre valiente en extremo, que consciente de la explotación de la que era víctima, pensaba que era suficiente con unir la fuerza de todos para vencer a aquellos que los habían colgado. Además el autor lo

presenta como un hombre instruido, que había leído mucho acerca de las revoluciones. Por otra parte, en la novela de B. Traven, tiene una importancia extrema la presentación del contexto geográfico, de tal forma que la tierra domina al hombre. A pesar de lo anterior, encontramos en esta novela situaciones que son más representativas del problema indígena y que serán desarrolladas con más profundidad en *El resplandor*, ya que B. Traven muestra que uno de los peores enemigos del indígena puede ser uno de sus hermanos de raza, ejemplo de lo anterior es el personaje de Felipe, que a pesar de parecerse físicamente a Celso, consideraba que este último era inferior. A su vez, las amantes de los ladinos se sentían superiores y consideraban un deshonor trabajar para los chamulas. Al final de la novela el personaje de Celso, quien al principio de la narración realizó acciones heroicas en favor de los hombres de su comunidad, al obtener el puesto de mayor cambia su tono al hablar con ellos: "Ya se los digo malditos indios grasosos. que no oiga a otro murmurar o quejarse porque me encargaré de ponerlo a plomo"²¹. El mismo proceso será experimentado por Saturnino Herrera en *El resplandor*, pero analizado con más detenimiento por su autor. En el siguiente capítulo presentaremos las características que creemos ubican, a la novela de Magdaleno, como iniciadora de la narrativa indigenista contemporánea.

²¹ B. Traven, *La rebelión de los colgados*, p. 318.

Capítulo I.

Concepción del indígena en *El resplandor*.

I. 1 El indígena como personaje colectivo.

Física e interiormente se describe un mismo tipo de personaje indígena en *El resplandor*. Todavía no existe en Mauricio Magdaleno la conciencia de que el indígena a pesar de compartir con su comunidad un destino común de miseria e injusticia, debe ser analizado individualmente, con sus particulares problemas y carácter.

Físicamente Magdaleno describe a un personaje que representa una continuación o consecuencia del contexto geográfico, un espejo de la tierra que habita: "hombres resecos, color de tierra árida" (p. 3). En la primera parte de la novela se nos presenta la imagen de un niño amarillo a causa de la enfermedad, que se revuelca en la tierra y se nutre de polvo, ya que el hombre al no poder alimentarse del producto de la tierra que habita, la devora y lo único que ésta hace es enfermar su alma y su cuerpo.

Los Indígenas, iguales físicamente, realizan al mismo tiempo las mismas acciones, como sucede cuando el sacerdote abandona la comunidad y todos en ese momento se persignan "sin calcar en las caras un asomo del punzante dolor" (p. 7). Esa actitud uniforme es una de las más graves de su carácter, porque parecen inmóviles e indiferentes, no se quejan, no desahogan su dolor, ni actúan para cambiar su situación, por el

contrario, se resignan a vivir en el abandono y la miseria: "caras cobrizas, color de rastrojo reseco, en las que el dolor no llega nunca o estallar en gesto, ni siquiera en rictus" (p. 7). El rostro que describe el narrador es el mismo para todos; iguales también son sus sentimientos. En la continuación de este párrafo desarrolla más que una descripción físico, la de un estado del carácter indígena que es alornante y marcará el desarrollo de toda la novela. Hace referencia al estado de resignación de las mujeres, que sufren pero no reclaman nada, y muestra asimismo las dos caras del indígena, que exteriormente parece una inocente bestia, y por dentro es invadido por la impotencia y la rabia de quien no sabe enfrentar sus problemas. Pero el indígena su destino es inexorable; de lo único que está consciente es de que siempre permanecerá en un estado de servidumbre y que ante ello no vale la pena ni siquiera emitir una palabra, sólo hay que aceptar el sometimiento: "La servidumbre secular ojoba de misterio las palabras, y la voz se torna susurro y sumisión ante el destino inexorable"(p. 7).

La condición de miseria, angustia y desesperanza lo invade todo, hasta la tierra que habita. Pero describiéndola Magdalena ubica al indígena dentro de su contexto y enriquece su prosa con imágenes acerca de la tierra:

Bocas de gruesos labios estriados por los vientos áridos y punzadores como la gleba de las eras sacudidas por la tolvanera; raídos bigotes de guías hirsutas, pelambres lustrosos e indóciles como la flora de cactáceo que adorna con adorno angustioso el páramo. (p. 7)

Parece que tierra e indio se dolieran en comunión hasta volverse uno solo. El páramo se asimila en forma y color con los seres que lo habitan y es en ese proceso en el que se consume toda su vida: "la energía, en la tierra del otomí, se reconcentra en longevidad y en monstruoso mimetismo con el mineral y el cacto" (p. 8).

El personaje indígena presentado en esta novela es un ser indiferente y silencioso, que no se queja porque esto no tiene sentido: "Ni la piedra, ni el nudoso órgano, ni el mezquite se quejan. ¿Por qué habían de quejarse?" (p. 8). De nuevo encontramos el mimetismo del indio con la tierra, ya que éste se concibe como parte de su paisaje árido y en él debe permanecer enraizado y viviendo en un mismo tiempo.

En *El resplandor* conocemos el sentir de la comunidad indígena a partir de tres puntos de vista, que juntos conforman al mismo personaje colectivo: el de quienes por su edad tienen mayor jerarquía dentro del pueblo (Lugarda, Nieves el Colorado y Bonifacio), el de una voz anónima que estalla entre la multitud: "Una voz vació como un lamparón de aceite su zozobra, lloriqueando: -¡Diosito no nos quiere!" (p. 8), y, por último, el de un conjunto de voces que funciona a manera de coro: "Corearon, sórdidamente muchos rezongos: -Condenados... solos... hambre... muerte... solos... hambre... solos... condenados" (p. 8).

En la mayor parte de la novela la interioridad del indígena es presentada por un narrador omnisciente. Por ejemplo, en el pasaje en el que el sacerdote abandona San Andrés, el sentir de la comunidad es

descrito a través de una gradación ascendente¹, que, según Todorov, consiste en presentar una serie de ideas o sentimientos en un orden tal que lo que sigue diga siempre un poco más. Sin embargo, esta serie de sentimientos, cuando están a punto de llegar a un clímax, pierden fuerza, y esta gradación se torna descendente, pues ante el abandono de Dios el pueblo siente en el primer momento, un rencor que evoluciona hasta convertirse en coraje y en este punto comienza el descenso de dicho sentimiento, que se transforma en pena de sí mismos, en soledad y desalación y al fin, ante la pérdida de la esperanza, encuentra como salida extrema la muerte:

Se sentía el peso de la muda acusación que entrañaba su partida. Los abandonaba porque no se merecían la compañía de Dios, porque eran peores que las fieras, porque no tenían remedio. Ya habían conseguido lo que se propusieron: saciar el coraje, y aún no se apagaba el rencor, más fuerte que la pena de verse abandonados por el párroco. Y por encima del rencor y más honda que la pena, la soledad, la inmensa tristeza del desamparo, de la muerte, del fin. (pp. 23-24)

Todo el rencor que llevaba dentro el indígena después de tantos años de soportar humillaciones y sometimiento, estallaba en las peleas entre San Andrés y San Felipe, hermanos de raza. Ese arranque de violencia lo único que lograba en el indígena era hundirlo más en la impotencia y la renuncia a seguir formando parte de la vida. A pesar de que Magdaleno presenta el interior del indio a través de un narrador

¹ Helena Beristáin, *Guía para la lectura comentada de textos literarios*, p. 38.

omnisciente y no del mismo indígena, sí logra profundizar en el desarrollo de sus sentimientos.

Más adelante analizaremos la relación que el indígena tiene con personajes que ejercen poder sobre él y de esa forma conoceremos cómo lo conciben varios sectores de la sociedad. Sin embargo, de manera general, podemos antes comentar qué visión tiene "el otro" del indígena. Un ejemplo es la opinión que sobre él expresan los personajes que apoyan a Saturnino en su candidatura como gobernador del estado, quienes declaran que el indígena es un ser pasivo, a quien sólo pueden concebir sentado el día entero en un mismo sillio, como todo holgazán que nada aporta a la sociedad. Una afirmación acerca del indio todavía más cruda es la que tienen los integrantes de la burguesía de Pachuca, quienes observan a los habitantes de las comunidades de San Andrés y San Felipe, además de las de otros pueblos aledaños, en el mitin organizado para apoyar a Saturnino. Magdaleno inserta un revelador diálogo entre un padre y su hijo, que demuestra que en esta ciudad la gente vive sin pensar que dentro de su mismo estado habitan varias comunidades de indígenas que mueren de hambre y que no son salvajes o bandidos a los que es necesario alejar de la sociedad:

- ¿Por qué vienen otra vez los indios, papá?
- Porque los traen los líderes.
- ¿Y a qué los traen?
- A utilizarlos para sus planes. Uno quiere ser gobernador.
- Y ¿qué hacen los indios, papá?
- Son malos. Fingen obediencia -¿los ves muy mansitos, sentados en la banquetta?- y cuando te vuelves, te hieren por la espalda.
- ¿Dónde viven? ¿En las cuevas?

- Sí, y en los jacales, lejos, en el monte. (p. 145)

Lo más terrible que revela este diálogo es que la concepción del indígena como un ser traicionero, de alma perversa, hipócrita, incivilizado y que sólo sirve de medio para que los poderosos logren sus fines, se ha transmitido a través de generaciones. El padre sólo logra infundir temor a su hijo, a quien le consuela saber que los indios viven muy lejos y que su aislamiento lo deja fuera de peligro. Después de este diálogo surge la voz del narrador que impone su punto de vista, sin dejar que el mismo lector reflexione acerca del significado de la conversación entre el padre y su hijo: "Semejantes referencias de los mayores no eran precisamente las indicadas para tranquilizar a los chicos de las casas de la burguesía de Pachuca" (p. 145). Como se ve el tono del narrador es de quien denuncia injusticias y juzga desde fuera. En este aspecto, la novela mantiene aún características de la generación anterior, las cuales sólo se superarían tiempo después, pero que son testimonio de que el cambio de la literatura de la Revolución a la narrativa contemporánea fue gradual. Posteriormente en este mismo pasaje, el niño después de haber tenido aquella conversación con su padre, se comporta grosero con los indígenas que estaban fuera de su casa y cierra la puerta en señal de rechazo, es entonces cuando los indios sufren las humillaciones de "los señores elegantes":

-¡Te presento al nielo de Netzahualcóyotl, hermano!
-¡Aquí tienes al cuñado de Moctezuma, que estrena los calzones que le regaló Cortés!

-¡Quiúbole, indito! ¿Ya no vendes yerba del monte? ¿Ahora te dedicas a la política?
 -¡Hasta que se les hizo conocer Pachuca otomíes!...(p. 146)

Estas burlas salen de entre la multitud; no vienen de personajes específicos, Magdaleno las intercala como un ejemplo de la visión que la clase alta tiene del indígena. Más adelante expone cuál era la mentalidad de "los señores viejos", a quienes imaginamos como poseedores de un mejor criterio debido a su experiencia. Sin embargo, lo que ellos afirman es que "los indios son la desgracia del país". Ante las humillaciones los indígenas sólo muestran impotencia: "Emitían chillidos, como los simios, y se revolvían de aquí para allá, no hallando qué hacer y sintiéndose víctimas de una burla horrible" (p. 147).

El autor señala a lo largo de toda la novela que el indio debe superar esa impotencia, independientemente de la ayuda externa que pueda recibir, e incluso lo juzga duramente, al grado de reducir en algunas ocasiones su visión hasta el punto de referirse a él como una "bestia": "La enorme turba reculó, como la caballada salvaje que se vuelve, impetuosa, antes de entrar al potrero" (p. 147). Si Gregorio López y Fuentes idealizó al indígena, también es cierto que Magdaleno en ocasiones tiende a calificarlo despectivamente. Ambas actitudes extremas quedarán atrás en la narrativa contemporánea, cuando novelistas como Rosario Castellanos presenten personajes indígenas como seres humanos con su rica complejidad.

1. 2 Principales personajes indígenas.

La novela parte de un tiempo presente, en el momento en el que el sacerdote deja San Andrés y queda de relieve la situación de abandono y miseria en la que vive el pueblo. Posteriormente, la narración va hacia el pasado con el fin de exponer las causas del problema. Dentro de las comunidades indígenas quienes tienen mayor jerarquía debido a su sabiduría y experiencia, son los ancianos, por lo que no existe mejor forma de conocer el pasado que a través de ellos. Cuando Mauricio Magdaleno fue enviado por Narciso Bassols, secretario de Educación, al pueblo de Mexe, en el Valle del Mezquital, fue a través de la narración oral de sus ancianos como pudo ahondar en la alma del indígena. Así, en la novela la narración pasa del presente al pasado cuando el narrador nos introduce en una de tantas veladas que había en el pueblo, en las que los viejos referían antiguas leyendas:

-No siempre fue así la tierra. ¡Qué a nosotros nos haya tocado la de molas, es otro cosa! Los tlacuaches de antes, hace muchos años, levantaban fanegos y más fanegas de maíz y frijol, y donde ahora está la magueyero corría un río que iba repleto de agua y llovía en todo el tiempo que Dios ha designado para que llueva. (p. 27)

En *El resplandor* los personajes más representativos por ser los de mayor edad, son Bonifacio, Lugarda y Nieves el Colorado. Hemos visto que la comunidad indígena de San Andrés es vista como personaje colectivo; sin embargo, dentro de esta colectividad existen personajes que dirigen la conciencia de los demás. Bonifacio, de noventa y dos

años, es esposo de Lugarda, mujer que carga con toda la pena de su pueblo, Magdaleno la describe así:

Una mujer de cara arrugada y trenzas negrísimas resumió la tristeza de sus gentes en una explosión que apenas fue perceptible para los que estaban a su lado:
-¡Qué más podemos perder ya! (p. 7)

Lugarda comparte la autoridad que le da la brujería junto con Nieves el Colorado. Ella fue, además, quien se encargó de la crianza de Saturnino, se apropió de él con la confianza de que cambiaría el destino de su comunidad y transmitió este sentimiento a todos, alimentando su esperanza a través del tiempo: "-Nos lo mandó San Andrés. ¡Pabrecito! Es él quien va a remediar la suerte de los Indios" (p. 76). Todo el pueblo podía creer que Saturnino regresaría a salvarlos, pues la misma Lugarda lo había asegurado, y su voz, que consideraban profética, tenía una enorme fuerza. Podemos decir que el personaje de Lugarda, además de dotar a la novela de elementos mágicos, característicos de las culturas indígenas, representa los sentimientos del pueblo, que pueden ser de dolor o de esperanza.

Bonifacio, por el contrario, presiente que Saturnino no es bueno y desde el primer momento advierte, supersticioso, que no le llamen "Coyolito", porque se volvería "dañero". Bonifacio no guía los sentimientos de la comunidad como su mujer; en lo fundamental guía sus actos. Su labor consiste en ser puente entre la comunidad indígena y los patrones. Por eso Melquiades Esparza trata de llevar buena

relación con él. Este indígena es quien en la parte final de la novela responde por su pueblo ante el asesinato de Felipe Rendón, declarándose culpable, cuando nadie se atrevió a alzar la voz, y por ello es ahorcado junto con trece indios más. Mauricio Magdaleno presenta el fluir de la conciencia de Bonifacio momentos antes de su muerte y con ello enriquece la visión que nos había dado el narrador:

Llamas llamas de pira llamas consumiendo el cuerpo el tremendo cuerpo del ahorcado que no acaba de morir Diosito Diosito Diosito esto ya acabó Luardita cuando Lorenza tenga su niño que Diosito Diosito Diosito aquí dejas un hijo que sabrá lo que nos hiciste Saturnino llamas llamas ayes suspiros un día compareceremos toditas ante la Divina Majestad un día de Navidad que sólo está San Andrés mis muchachillos no lloran quién lo iba a creer Coyote dañero que es diablo que nos tentó Nieves Diosito Diosito Diosito cuántos muertos uno dos tres cuatro cinco seis ocho nueve diez once doce trece conmigo ya el pobre de Casimiro ni se mueve Matías Petrolino Margarito era Gregorio Diosito yo no maté era el verdugo de toditos cuántas llamas trece llamas la Piedra del Diablo está reseca cómo pudimos creer Diosito ya veo que no es posible los indios no dejaremos de sufrir nunca Dios ayúdame bendito San Andrés llamas llamas noche y llamas... (p. 227)

Durante la mayor parte de la novela Bonifacio sólo acató órdenes, respondió con sonrisas tristes de resignación y emitió unos cuantos juicios, porque, como afirmó Luarda: "-Se acostumbra uno a no hablar, Saturnino ¿Para qué? ¿Para quejarse? ¡Las penas son de Dios y Él sabrá cuándo nos las quita!" (p. 106). Bonifacio sólo logra liberarse al morir y su sentir se dará a conocer hasta ese preciso momento.

El último personaje indígena representativo es Nieves el Colorado, a quien temen los habitantes de San Andrés por ser el brujo. Este hombre se vale de ese poder para asesinar a Carmen Botis, el pretendiente de

Lorenza, y proteger a Saturnino, porque Carmen quería matarlo debido a que éste pretendía a su novia. Conforme avanza la acción de la novela, Nieves comienza a adquirir conciencia acerca de la verdad sobre Saturnino: "-¡Si el Coyotlito no nos habló con el corazón en la mano, na habrá nada para diciembre, ni para las cabañuelas, ni para dentro de un año!" (p. 184). Él es el primero que se atreve a expresar lo que ya todos sentían y no eran capaces de enfrentar. En la parte final de la novela Nieves confiesa arrepentido su crimen al darse cuenta que Saturnino los había engañado.

Si bien Lugarda, Bonifacio y Nieves son portavoces del sentir de San Andrés, más allá de esto es muy poco lo que sabemos sobre ellos. Sus diálogos son breves porque en ellos prevalece la idea de que el indio no tiene nada qué decir. Sólo ante la muerte de Bonifacio el narrador deja de intervenir y permite que libremente se exprese la conciencia del personaje.

CAPÍTULO II.

ORFANDAD. BÚSQUEDA DEL PADRE Y DEPENDENCIA DEL INDÍGENA.

II. 1 Dios.

El personaje indígena de *El resplandor* es un ser huérfano que busca el apoyo de una figura paterna que le ayude a transformar la situación de miseria en la que ha vivido. Su esperanza ha estado depositada sucesivamente en Dios, en su representante: el sacerdote, en los diferentes caciques, que durante generaciones han estado al frente de la hacienda "La Brisa", en el caudillo revolucionario representado por la figura de Marcial Cavazos y, finalmente, en Saturnino Herrera, el hijo del pueblo.

En la primera parte de la novela, la partida de Febronio Ramírez, el sacerdote, representa la ausencia de Dios para el pueblo otomí. Los indígenas consideran que Dios es el responsable de que vivan como seres condenados, obligados a respetar sus designios. Si los ha dejado solos es porque no merecen su misericordia, pues creen que están pagando a causa de un pecado terrible, y su estancia en la tierra representa un purgatorio. Necesitan a alguien que los redima ante Dios y que sustituya la ausencia de ese Padre Todopoderoso.

El Dios que concibe el indígena de esta novela es un ser sin piedad, que no perdona y que es capaz de abandonar a sus hijos. No podemos

pasar por alto que Mauricia Magdalena se calificaba a sí mismo como un místico: "Yo creo que toda la vida está reglada por el sentimiento de lo divino"¹. Por tanto, si sus personajes indígenas niegan la presencia de Dios en sus vidas, este vacía les restará poder para actuar en la transformación de sus destinos. Tomemos como ejemplo de nueva la afirmación que Lugarda hace a Saturnina: "Se acostumbra una a no hablar, Saturnina ¿Para qué? ¿Para quejarse? ¡Las penas san de Dios y Él sabrá cuándo nos las quite!" (p. 106). En este sentido "hablar" no sólo significa articular palabras, sino también "actuar", provocar un cambio ante una situación terrible, y las indígenas consideran que el único que puede actuar para transformar su destino es Dios y a él le dan toda la responsabilidad. Esta concepción acerca de él es la que las pierde por completo.

Cuando se dirigen a él no la hacen directamente, sino con murmullos, en las cuales dejan ver su angustia y su falta de confianza: "Diosito Diosita Diosita Diosita Diosito Diosita Diosito..." (p. 224). La anterior invocación la repiten con insistencia después de haber asesinado a Felipe Rendán, el administrador de "La Brisa", cuando ninguno quiere hacer frente a la situación, pues están aterrados ante el crimen que acaban de cometer y temen las consecuencias de su acto. Las indígenas temen porque no tienen fe en su Dios, menos aún en ellas

¹Martha Anaya, "Mauricio Magdalena parte su vida: antes y después de Vasconcelos es otra época", *Excelsior*, 8 de diciembre, 1981, p. 1 Sección Cultural.

misimos. Para Mauricio Magdaleno un hombre que tiene un verdadero sentido de lo divino está comprometido con sus propios actos:

"Llamo religioso a todo lo que recoge una viva y superior angustia de hombre, refiere una experiencia conmovida del espíritu, o denuncia la índole sagrada de la existencia, o que de un modo u otro va a dar al territorio misterioso la preocupación de Dios" ²

El personaje indígena de esta novela teme a los designios de su Dios y vive atormentado por la culpa. La falta de Dios, de un padre, lo lleva a sustituir su presencia con la esperanza de que otro ser superior cambiará su destino. Cabe señalar que el tema de la ausencia de Dios también será tratado por José Revueltas en *El luto humano*, novela en la cual el abandono de Dios provoca la muerte del ser humano, pues ante esta ausencia el hombre queda desprotegido y huérfano. El Dios del indígena, representado en esta novela por la figura de Antonia, madre de Úrsulo, es como en *El resplandor*, un Dios de dolor. En otra escena de la novela de Revueltas encontramos al cura recordando que cuando estaba en el seminario escuchó un llanto de hombre, el cual "lloraba en su lengua zapoteca lágrimas viejísimas"³. El llanto de aquel hombre representa al llanto de uno de los sectores más humillados y desprotegidos del país y sus lágrimas son "viejísimas" porque su dolor es el mismo que no ha podido ser enjugado desde la época de la Conquista. Revueltas en esta escena introduce a un grupo de extranjeros que descubren a aquel indígena orando a Dios: "Patroncito:

² Mauricio Magdaleno, *Rango*, p. 308.

³ José Revueltas, *El luto humano*, 70.

hay muchas lágrimas, patrondito. Mi gente se enferma y muere. Lloro mi mujer. Lloran mis hijos. Yo estoy llorando para que tú me veas"⁴. Revueltas nos señala que en el rostro de los extranjeros había asco y satisfacción, además de introducirse en sus pensamientos: "...en México los indígenas lloran frente a las imágenes blancas, lamentándose en su idioma. Creen que Dios es Quetzalcóatl, que vendrá a redimirlos"⁵. Se burlan del sincretismo con el que los indígenas fundamentan su fe religiosa, el cual les parece absurdo. Enfocan el problema desde fuera, del todo ajenos a su dolor y miseria.

El Dios del indígena es fríste y carece de poder, como en la novela de Mauricio Magdaleno, y José Revueltas lo representa como una cobija, "abrigo infinito", que lleva consigo un indígena que lucha en la Guerra Cristera. El indígena participaba en ésta porque le habían dicho que alguien quería crucificar nuevamente a Dios. Cuando lo tomaron preso los federales, se resignó a morir desde el primer momento y lo único que no pudo abandonar fue aquella cobija ya raída que llevaba doblada sobre el hombro porque le daba un calor humilde y tierno. En el momento en que los federales lo fusilan su cobija cae al suelo, como si Dios lo hubiera abandonado también en la muerte.

⁴ *Ibid.*

⁵ *Ibid.*

De este modo, el concepto de orfandad que analiza Magdaleno es importante para las creaciones que dieron lugar al surgimiento de la narrativa mexicana contemporánea.

II. 2 El sacerdote.

La figura del sacerdote representa para el indígena la esperanza de la salvación. Uno de los curas más respetados fue Felix Chávez, el benefactor de los necesitados, el cual durante una misa anunció repentinamente la muerte de Carmen Fuentes, antes de que llegaran noticias de este hecho hasta San Andrés. Los indios tomaron aquello como una revelación y desde entonces el cura fue el verdadero amo de "La Brisa", ya que se le creía un santo, capaz de realizar milagros:

- A mí me dijo que rezando tres salves al pardear sanaría de mi hernia, y ya ven...
- A Matianilla la curó rezándole en la sacristía. Estaba horra y no podía tener un hijo. Y no más se encomendó al padrecito, hasta cuates tuvo luego.
- Es un santo...un santo... (p. 56)

A falta de una verdadera fe el pueblo entero sustituye ésta por la superstición. En realidad Felix Chávez no era su benefactor, sino un enemigo más y lo demuestra en una conversación que tiene con Gonzalo Fuentes, de quien era uno de sus principales aliados, en la que revela su concepto acerca del indígena:

...La desgracia de México lo son sus tres o cuatro millones de indios (...) ¡Esclavos los indios! ¡Sí, señor; pero lo que no se dice es que lo son de su propia brutalidad, de su infinita miseria mental, de su bajeza y su animalidad! (p. 64)

Felix Chávez fue uno de los primeros sacerdotes que unió sus fuerzas a las del amo y que, como ya hemos señalado, tenía mayor poder sobre los indígenas. Incluso, tiempo después, se señala que las autoridades eclesásticas ejercieron una poderosa influencia sobre otro de los Gonzalo Fuentes, de cuyo espíritu religioso se aprovecharon para sacarle fuertes cantidades de dinero, mientras ellos, a cambio, encomendaban su alma a la virgen María, por medio de oraciones supuestamente influyentes.

Para Febronio Ramírez, el cura que abandona San Andrés, su estancia en el pueblo representó una penuria, una obligación de la que renegó siempre. La visión que él tiene de la labor que debe desempeñar un sacerdote está enfocada sólo a sus propios intereses, porque considera que en San Andrés no existen las condiciones idóneas para que lleve a cabo su ministerio. Está dispuesto a dar su ayuda si a cambio puede comer y vestirse bien. La realidad es que Febronio Ramírez siente que ese pueblo no es digno de él, a pesar de que en el momento de su partida intenta justificarse ante Melquiades Esparza. Sin embargo, lo único que consigue es caer en contradicciones, porque afirma al principio de su charla: "Yo estoy a gusto donde el Señor me pone", y al final concluye: "Lo que no deja, dejarlo" (p. 5).

Estó convencido de que les ha dado demosiodo o los indios y que ha cumplido siempre con sus deberes, por ejemplo el de advertirles sobre lo existencio del cielo y del infierno. lol y como lo hobion venido haciendo los evongelizadores que llegaron o territorio omericono. los cuoles dejoron otrós o aquello imogen de los misioneros que caminobon descalzos soportondo una serie de penurias, con tol de dar o conocer la polobro de Dios:

A los evangelizadores descalzos que corían la región bebienda agua del rio Prieto en las palmas de las manos, sucedieron los obesos administradores de conventos, bien pagados de su creciente auge económico. Señor y convento pesaban sobre las congregaciones con un peso exorbitante, y las indiadas reventaban en las fieras jornadas de sol a sol y el compramiso del diezmo y las primicias para Dios y las gabelas para el amo. [p. 47]

Mauricio Mogdaleno demuestra que o lo largo de varios generaciones los representantes de lo religión cotólico sólo habion logrado contribuir o lo miseria del indígeno y llenor de temor su alma. En el caso de lo comunidad otomí, desde que su nombre combió de "Col" al de "San Andrés", y el del pueblo vecino de "Tepetote" ol de "San Felipe", en nombre de los dos santos, se provocaron violencia, coos y confusión en ambos pueblos. Para ellos sólo era posible tener un sentimiento de lo religioso si éste estobo relacionodo con los ideos del temor, lo culpa y, como consecuencio lógico, del castigo.

Al igual que Melquiodes Esparzo, el cura Romérez oseguro que le es imposible estoblecere comunicació con quien no está o su nivel, yo que

considera que los indígenas son como bestias, por las que no se puede hacer nada:

...Si me quedo aquí, acabo como ellos. ¡Ya hasta hablar se me está olvidando! Quien vive en esta tierras siete años, amigo Esparza, acaba convertido en bestia. Con usted es diferente. Usted va a Pachuca, con frecuencia, habla con personas de razón, de Actopan, se entienda con las autoridades y las familias decentes de Ixmiquilpan. (p. 5)

En el primer capítulo sólo se hacen presentes las voces del narrador, del cura y de Esparza. Parece que los indígenas permanecen al margen de los sucesos, pero el grito de una mujer revela que esta calma es aparente, pues dentro de ellos existe una terrible angustia al sentirse desamparados ante la partida del cura. El grito de aquella mujer representa el clamor de su comunidad: "¡No nos abandone padrecito!" (p. 6). Después todos se quedan perplejos, en esa actitud uniforme que ya hemos señalado: "...los sombreros de petate en las manos los hombres y las mujeres mordidas por un gesto de terror" (*Ibid*). Sólo reaccionan al final, cuando cada uno de ellos besa la mano del cura antes de que él parta. Los indios ven al cura como a un padre y él, a su vez, fomenta esa actitud al tratarlos como a niños a los que se les hace una promesa con tal de que se tranquilicen: "Ya les dije que vuelvo para Todos Santos, si sé que se han portado bien" (*Ibid*).

Por su parte, los indígenas ante la partida del cura sienten que ya nadie puede ayudarlos, por lo que mantienen una actitud indiferente y ni siquiera piensan en la posibilidad de hacer algo por ellos mismos. Si el

cura los ha abandonando, Dios los ha abandonado también. Ante este hecho consideran que lo único por hacer es habituarse, hasta que ese nuevo estado de abandono forme parte de la misma rutina en la que se han mantenido desde siempre.

II. 3 El amo.

A lo largo de la historia esta figura ha sido llamada de distintas formas: el conquistador, el encomendero y el cacique, pero en el fondo representa un solo personaje y Mauricio Magdaleno lo demuestra en su novela *El resplandor*. Este personaje común va a ser representado por los varones primogénitos de la familia Fuentes:

Don Gonzalo, el otro don Gonzalo, don Alberto...más Gonzalos y más Albertos...Todos fueron duros, enérgicos y bárbaros, mas no en la manera proditoria que lo fue el fundador. (p. 49)

El fundador de aquel linaje había cometido el peor de los pecados al asesinar, llevado por los celos y el deseo, a su hija y al amante de ésta. Por ese motivo los indígenas habían sido condenados por Dios a pagar las culpas de su amo.

Sin embargo, si el pueblo otomí seguía respetando a su amo era a causa de que su miseria se remontaba a tiempos anteriores a la Conquista, ya que según nos explica el narrador ellos miraron con "beneplácito" al encomendero porque representaba al "salvador" que los había librado del yugo azteca. Encontramos una situación similar en las novelas *Campo Celis* y *La tierra grande*, del mismo autor. En la

primera, a la muerte de don Santos, los campesinos se sienten desamparados, como si hubieran perdido a un padre:

La desaparición de don Santos llenaba de un secreto terror a todas las almas primitivas y oscuras de los campesinos. Por eso lloraban las mujeres, sintiéndose huérfanas de un padre...⁶

De igual forma, los campesinos de Jericó, de la novela *La tierra grande*, conciben a su amo como una especie de "padre salvador", en quien depositan toda su esperanza, ejemplo de ello es la escena en la que van a conocer al hijo de Florencia, el nuevo Gustavo:

Las mujeres le besaban los piecitos, las manos, los brazos regordetes, proclamando:
- ¡Jericó liene un angelito pa' que pida por todos!

En el carácter del primer Gonzalo, de *El resplandor*, se concentraron las peores ansias de dominación, de soberbia y pecado de las que fueron víctimas los indígenas. Si no se habían rebelado en contra del primero, cuyo pecado los había condenado según sus creencias, menos lo harían en contra de los que vinieron después. Muy claro lo había afirmado Lugarda a Saturnino, cuando éste aún era un niño: "A los señores nunca se les dice nada. ¿Entiendes? Y mucho menos lo que se habla entre los tlacuaches" (p. 84). La filosofía del indígena acerca de cómo debía comportarse ante el amo, representaba más que una forma de sumisión, una manera de protegerse, pero también de cerrarse.

⁶ Mauricio Magdaleno, *Campo Celis*, p. 90.

⁷ Mauricio Magdaleno, *La tierra grande*, p. 45

Otro de los amos a los que más recordaban había sido uno de los Alberto Fuentes, al cual le debían la construcción, no concluida, de la presa de Sierra de Agua, obra que representaba la salvación de la tierra del Valle del Mezquital. En realidad aquella obra se había comenzado por la ambición de ese hombre y no porque éste pensara que con ello les haría un bien a los indígenas:

Era ambicioso aquel Fuentes y no quería estar atenido a La Brisa, tan sólo, sino que soñaba con derramar sus cosechas sobre todo el páramo, hasta Ixmiquilpan por el Norte y El Mexe por el Sur. Y para eso se necesitaba mucha agua, millones y millones de litros de agua... (p. 40)

Para aquel proyecto los indígenas habían trabajado obligatoriamente. Si no lo hacían se les castigaba con una pena "no menor de treinta azotes" (*Ibid*). El proyecto no se pudo concluir, lo cual afectó a toda la comunidad, porque independientemente de la codicia de su amo, los indígenas tenían la esperanza de ver sus eriales convertidos en milpas repletas de maíz, frijol y trigo. Alberto Fuentes era recordado con respeto y la comunidad esperaba que Saturnino pudiera continuar su obra.

Gonzalo Fuentes, "El Mocha", no solamente era el reflejo de sus antepasados, sino que además encarnaba la figura paterna de toda la nación, pues fue partidario de la paz del Porfiriato: "¡de grano en grano llena la gallina el buche, señor amo, benévolo y cristiano don Gonzalo, reflejo de la gloria de don Porfirio en La Brisa!" (p. 54). Incluso después de la caída del dictador, Don Gonzalo siguió ejerciendo el mismo poder:

-Señor don Gonzalo...Señor don Gonzalo...Ya lumbaron a don Porfirio. Ganaron los de la revolución.

El amo se puso cenizo, color de alba todavía sin reventar. Soltó una mentada a Dios sabe quién, y se fue a San Andrés en un galope.

-Aquí no manda más que mi ley, hijos de la...(p. 59)

A través de la descripción de este mismo personaje, Mauricio Magdaleno señala además que la superstición no era sólo una característica del indígena, sino también del amo:

...supersticioso como los propios indios, como ellos indolente y empeñado en un fatalismo irremediable, se encerraba en su recámara los martes trece y ofrecía pingües mandas a los santos así que le sorprendía, en el descampado, el aullar de un coyote a el lloro insípido de un alcaraván. (p. 51)

De este modo, Magdaleno demuestra que es necesario dejar atrás la concepción de que solamente el indígena es supersticioso y dependiente. El que ejerce el poder también puede ser víctima de la superstición.

II. 4 El caudillo revolucionario.

Cuando Marcial Cavazos llegó al Valle del Mezquital habló con los indígenas acerca de la libertad, de un gobierno justo y de una forma de vida en la que no tuvieran que estar sometidos, lo cual representaba para ellos la posibilidad de conocer el paraíso en la misma tierra. Fue el único que les habló acerca de los postulados revolucionarios, ya que antes de que llegara sólo recibían rumores inciertos. Muchas se fueron

con él, después de todo lo único que podían perder era la vida y no temían a la muerte porque siempre habían vivido dentro de ésta. Más tarde sufrieron a causa del engaño y el abandono de Cavazos; a muchas les cortaron las orejas y en el peor de los casos fueron fusilados por un general que se cubrió de gloria con aquel hecho.

Marcial Cavazos se convirtió en un mito. Los indios recordaban con añoranza la ocasión en que les había dicho: "Yo les traigo de comer, indios amolados..." (p. 19). Cuando eran atacados por el hambre alguien corría la voz con esperanza: "Ya viene Cavazos. Lo vieron al pardear, rumbo a la sierra" (*Ibid*). Aun después de muerto todos conservaron la imagen de él que más necesitaban, así que olvidaron al que los abandonó a su suerte y seguían recordando al que les había hecho la promesa de alzarse por ellos contra el mal gobierno:

...Los indios juraban que estaba bueno y sano y que les ratificó la solemne promesa de volver muy pronto y alzarse contra el mal gobierno. ¡Imaginaciones que se encienden en las almas primitivas del páramo, cuentos de alucinados que nada esperan y que se embriagan en el espejismo de las bárbaras planicies del cacto, la cal y el pedernall (p. 20)

Al principio no podían aceptar la realidad, así que escapaban de ésta a través de la imaginación. Finalmente, después de una larga espera, no tuvieron más remedio que aceptar la muerte de Marcial Cavazos. La visión de su destino no sólo era realista, sino fatalista:

Nadie se estremecía ya, ni refulgían los ojos a la esperanza. Cavazos estaba muerto. Ya nadie diría al otomí: "Yo les traigo de comer indios amolados". Lo mataron en Ixmiquilpan, por cumplidor y valiente, en una emboscada, y ahora se pudría bajo la tierra. Estaban solos, abandonados a su suerte...(p. 20)

Lamentablemente ellos seguían engañados, se negaban a darse cuenta que para Marcial Cavazos sólo habían representado un medio para que él consiguiera sus fines, un instrumento, como lo habían sido para la Iglesia, para sus gobernantes y para Saturnino Herrera.

II. 5 El hijo del pueblo.

El Indio Olegario Herrera fue el único que se enfrentó al amo don Gonzalo, se unió al ejército y después fue herido y abandonado. Lejos de San Andrés lo salvaron dos mujeres, Graciana y su madre, quienes decían no ser Indias.

La tentación de poseer a Graciana, una mujer a quien se describe casta blanca y de grandes trenzas, vence a Olegario y de esa unión nace Saturnino, quien al poco tiempo pierde a su madre y después a su padre, quien antes de morir lo encarga con sus hermanos los tlacuaches.

Lugarda recibe a Saturnino con la esperanza de que él cambiará el destino de su pueblo: "Este escuincle es el que va a mandar en la tierra de los tlacuaches, amo don Gonzalo. Al tiempo lo remito..." (p. 43) y con la seguridad de que es un enviado divino: "Nos lo mandó San Andrés. ¡Pobrecito! Es el que va a remediar la suerte de los indios" (p. 76). La voz de Lugarda adquiere seguridad e incluso cuando se dirige a don Gonzalo parece desafiante. Al criar a Saturnino los otomíes vuelven a

recuperar la ilusión y en él ponen todos sus anhelos, incluso cambian su carácter, al grado que ellos, hombres grises cuyo rictus no tenía ninguna expresión, sonríen por primera vez el día en que éste es bautizado. La imagen de estos indios sonriendo es casi análoga a la del cuento "Luvina" de Juan Ruifo, con la gran diferencia de que los indígenas de *El resplandor* todavía pueden sonreír con la esperanza de que un ser superior transformará sus destinos, en cambio los de "Luvina", sonríen precisamente porque han comprobado que de ese ser superior (el gobierno) jamás recibirán ayuda.

Cuando Saturnino es elegido por el gobernador del estado para realizar sus estudios en la capital, los indios se muestran tranquilos porque saben que volverá y en esa esperanza dejan transcurrir el tiempo. Años después Melquiades Esparza anuncia a Lugarda y a Bonifacio la noticia del regreso de Saturnino; el pueblo entero comienza a despertar conforme se expande el rumor y de nuevo se hacen presentes sus voces en forma colectiva:

-Saturnino...el Coyolito ...que vuelve...ya viene...padrecillo de los pobres...le habló a don Melquiades...que viene a remediar a los indios...la semana entrante...hay que estar listos...San Andrés se apiadó de nosotros...la música de Apolonia...cohetes y música...un mole de guajolote para el Coyolito...va a ser gobernador...se cumplió lo que dijo Lugarda...el redentor de los Itacuaches...San Andrés nos lo manda...ya viene Saturnino (p. 39)

Melquiades hace saber que Saturnino ha sido postulado como candidato a la gubernatura del estado y reparte entre ellos

propaganda con su retrato. Ellos se aferran al retrato como si éste representara la imagen de un santo:

Cada quien se largó con su papel bien apretado contra el pecho, y en cada jacal fue pegado en el sitio de honor, junto a la virgen de Guadalupe o al bendito patriarca San José. (p. 91)

Como se ve, la pobreza y la ignorancia en la que han vivido los indígenas los hace caer en estados de fanatismo y de idolatría, que los lleva a concebir a Saturnino como a un Dios salvador.

A partir de su regreso y de la promoción de su campaña electoral, en el pueblo se empieza a hablar sólo de proyectos y los indígenas, que antes habían vivido sumergidos en un presente eterno o con los ojos vueltos hacia un pasado en el que, según los ancianos, había reinado la abundancia, ahora se situaban en el futuro, con la convicción de que las promesas de Saturnino eran sinceras, cuando en realidad sólo le estaban dando sentido a su existencia a partir de sueños falsos:

-Oiga tata. Y ¿cuándo nos reparten lo del mentado campo de experimentación?
 -Muy pronto. El Coyotlito quedó que en cuanto llegaran los fríos.
 -¡Ánimas y que empiecen a levantar la presita, porque con eso y Dios mediante, ya no pasaremos hambres aquí!
 -Eso será para las cabañuelas. Así lo prometió Saturnino. (p. 174)

Saturnino sólo hace promesas y provoca que los indígenas sigan engañados y que vivan dentro de un tiempo incierto. Nunca se interesó por su pueblo, pues los indígenas cometieron el error de criarlo con aires de grandeza, "como si fuera hijo de ricos" (p. 85). Saturnino tiene un

fuerte problema de identidad. En primer lugar, fue hijo de un indio y una mujer blanca y después, al quedar huérfano, se crió con indígenas, pero se educó en la capital del estado con mestizos. Como es incapaz de integrar ambos mundos, se ve en la necesidad de elegir entre uno de los dos. Se decide y reniega de su origen indígena. Prefiere desarrollarse entre mestizos, porque ellos son los que tienen el poder. Por lo anterior considera que entre él y su hijo no puede existir un parecido, pues este último es hijo de Matilde Fuentes, una mujer blanca, cuya familia era de origen español, y eso lo hacía muy diferente a cualquier indio:

-¡Quién te iba a decir, Lugarda, cuando me dormías en tus brazos, que verías a un hijo mial éste es Rafaelito. Anda, hijo, saluda a tus amigos los tlacuaches.
 - Es igualito a ti, cuando te hacía dormir, Coyotito...
 -¡Ésa sí que no, viejital ¿Ya ves? ¡Hasta Rafaelito protesta! ¡No, hombre, que no te amuelen! Yo era un indito, casi, y Rafaelito es hijo de Matilde. (p. 192)

Para Saturnino ni él ni su hijo son indígenas: "Yo era un indito, casi..." le dice a Lugarda, lo cual quiere decir que esa parte indígena que él lleva en su sangre es mínima, así que con mayor facilidad puede hacerla a un lado. Él se siente avergonzado de su origen humilde, al igual que el hijo de Bernardo Celis, en *Campo Celis*, y Florentina, en *Cabello de elote*, novelas del mismo autor. El hijo de Bernardo Celis, al igual que Saturnino, tiene la oportunidad de realizar sus estudios lejos de su tierra natal, pero cuando regresa reniega de ésta, y Florentina, por su parte, busca desesperadamente la forma de salir de su pueblo, porque se siente asfixiada. Asimismo, sufre un conflicto similar al de Saturnino, ya

que es mestiza, tiene una parte Italiana y otra indígena, y de ésta se avergüenza.

A Saturnino Herrera los marginados, los indígenas y las mujeres, le sirven de medio. En el caso de los primeros los utiliza para que apoyen su candidatura como gobernador, y en el de las segundas, se casa con Matilde para ser dueño de "La Brisa" y enamora a Lorenza sólo para satisfacer un deseo.

Melquiades Esparza es el único en San Andrés de la Cal que conoce quién es realmente Saturnino:

...Ya se los metió en la bolsa a toditos, los voló y los entusiasmó, y ahora se va hartar de ganar plata. Y de hacérsela ganar a los que no desperdiciamos la oportunidad. Porque, aquí entre nos, ¿eh? ¡si viera que reata es este hombre! (p. 134)

Saturnino antes que nada es un político, que engaña y traidora con tal de conseguir sus fines. Lamentablemente los indígenas ven en él a un padre redentor y al ensalzarlo aumentan su poderío y nullifican sus personas.

II. 6 El oportunista.

Melquiades Esparza ejerce su autoridad sobre los habitantes de San Andrés a través del comercio, porque ellos, aun después del triunfo de la Revolución, continuaban dejando su sueldo en la tienda de raya de su propiedad, la cual se llamaba "El paso de Venus por el disco del sol". Esparza es el intermediario entre los indígenas y los patrones de "La

Brisa", además es quien sabe mejor cómo manejarlos. Se considera superior a todos los habitantes del pueblo, y es por lo anterior que cuando se va Febronio Martínez, el sacerdote, se lamenta porque ya no podrá conversar con gente de razón. Como podemos notar, en esta novela, la comunicación sólo se puede entablar entre iguales, y para Melquiades representa una deshonra conversar con los indígenas, aunque en varias ocasiones lo hace por conveniencia.

Una vez que Saturnino alcanza la gubernatura del estado, Melquiades esperaba que le obsequiara, por su apoyo incondicional durante la campaña, la vega de Paso de Toros, porque planeaba convertirla en un campo de experimentación. Sus deseos por alcanzar mayor autoridad dentro del pueblo lo convirtieron en un ser obsesivo que no quitaba de su mente la idea de ser dueño de este pedazo de tierra; sin embargo, lo más que pudo obtener fue un puesto como administrador.

Después de la última parte de la novela ("Los condenados") este personaje adquiere mayor fuerza. Hombre cauteloso e inteligente, sabía cómo tratar tanto a los gobernantes como a la gente del pueblo, con el fin de obtener lo mejor de cada parte. Logra escalar posiciones hasta convertirse en el administrador de "La Brisa", tras el asesinato de Felipe Rendón. Una vez en este puesto puede manejar libremente a los indígenas, porque, según su teoría, con poco que se les diera estarían agradecidos, debido a que nunca habían tenido nada.

Esparza estaba consciente de que ya no podía tratarse a los indígenas con brutalidad, porque después de la Revolución existían postulados que debían ser respetados, aunque sólo fuera en apariencia:

Él sabía tratar a los indios y, mal que bien -como presumió a Herrera- bajo su férula estaba garantizada la paz. Todo tiene un límite -pensaba reforzando su línea de acción a la vista de los últimos sucesos- y quien gobierna ha de refrenar su soberbia y su codicia, si quiere salir a caballo o en auto y no en un ataúd. (p. 237)

Sabía que los indígenas por derecho debían tener acceso a la educación, por lo que mandó traer un maestro. Al actuar así sentía que ejercía debidamente la justicia y la igualdad. No era su problema si ellos no podían mandar a sus hijos a la escuela, pues debido a su estado de miseria los tenían que hacer trabajar desde muy temprana edad. Él cumplía con construirles una escuela, aunque no brindara las condiciones necesarias para que pudieran aprovechar sus beneficios.

Casi al final de la novela lo encontramos pensando en un nuevo proyecto: la fundación del Comité pro Villa Herrera. Además se siente orgulloso de las riquezas que ha ganado gracias a que Saturnino está en el poder:

No puedo quejarme, a Dios gracias -declaró el administrador, desabotonándose el chaleco y dejando emerger el vientre adiposo- En dos meses La Brisa me ha dejado once mil pesos (...) Don Saturnino, nuestro común amigo y jefe, gobernará, para dicha de nosotros, cuatro años... (p. 254)

La autoridad que ejerce Esparza sobre el destino de esta comunidad no es tan evidente como la de los personajes antes analizados en este

capítulo; sin embargo, es el único que logra ganar su confianza y, a la vez, enriquecerse a su costa. Es el clásico oportunista.

CAPÍTULO III.

IDEOLOGÍA DEL INDÍGENA.

III. I CONDENA DEL OTOMÍ. AUSENCIA DE TIEMPO Y VISIÓN FATALISTA DE LA REALIDAD.

Al haber perdido a su esposa el primer Gonzalo Fuentes se quedó solo con su hija doña Luz, a quien deseaba tanto a más que a su madre. Este pecado culminó en otro peor cuando asesinó a su hija y al hombre con quien ella pensaba casarse, García Olivares.

Cabe mencionar que aparte de *El resplandor*, existen dos obras más de Mauricio Magdaleno en las que el incesto provoca miseria y perdición: *La tierra grande* y el cuento "Las Víboras", de *El ardiente verano*. El primero lo comete Gustavo Suárez Medrano, amo de la Tierra Grande, con su sobrina Genoveva, lo cual desata el temor del pueblo ante la maldición y la desgracia que esta relación puede desencadenar: "La tierra grande se erizó de espanto. ¡Qué familia tan manchada! ¡Con razón Dios los castiga a todos por sus culpas!"¹. En "Las Víboras", don Pedro Galarza aseguró enloquecido ante la muerte de su esposa: "...dos hijas me diste y vivirás mientras ellas vivan. ¡Serás mía aunque Dios nuestro Señor te haya llevado a su seno, y tu carne me pertenecerá siempre"². En estos dos casos y en *El resplandor* el incesto está relacionado directamente con un afán ilimitado de poder, que lo

¹ Mauricio Magdaleno, *La tierra grande*, p. 155.

² Mauricio Magdaleno, "Las Víboras", en *El ardiente verano*, p. 96.

único que puede traer como consecuencia es la perdición, sólo que en el *El resplandor* quienes pagarán las culpas serán los indígenas y no sus amos.

El pecado del amo don Gonzalo lo pagó el indio y la tierra de San Andrés de la Cal, ya que, según dicta la religión cristiana: "los pecados de los padres los pagarán los hijos", así que este pueblo como castigo jamás volvió a ser fértil:

Por días y noches no se permitió al vecindario asomar las caras, y cuando salieron, al fin, los indios, la piedra tenía una enorme mancha de sangre y unos viejos arrayanes que se aseguraba que crecían en los contornos y que goteaban sus flores sobre el sitio de muerte, se secaban. Donde negreaba el rojo oscuro de la sangre vertida se dibujó, una madrugada, un rayón de rasgos precipitados, y los indios se persignaron, coligiendo que el diablo en persona acababa de estar en San Andrés y que había grabado su rúbrica. (p. 29)

La piedra de la Plaza de Armas representa la miseria de los indios otomies y según la sentencia de Marcial Cavazos esa piedra florecería sólo cuando el indio dejara de sufrir. Los indios al escuchar aquella sentencia la repitieron por generaciones: "-Florecerá cuando Dios Nuestro señor se apiade de nosotros..." (p. 30), nuevamente ponen en las manos de Dios su destino, un Dios que fue capaz de condenarlos por un pecado que no habían cometido, el cual, sin embargo, tenían que pagar. Ante la pobreza y el aislamiento en el que viven sólo encuentran cómo explicarlos a través de la creencia en lo sobrenatural. El mundo por ellos concebido está formado por dos planos únicos: el del cielo y el

del infierno. Después del pecado del arno se resignan a vivir como condenadas en la tierra.

Marcados por el pecado, según la sentencia de sacerdotes como Febronio Ramírez, no sólo tenían que soportar su condena en vida, sino que además, al término de ésta, recibirían un castigo peor en el infierno:

Y después...pues después, el cielo para los justos y las llamas del infierno para los pecadores. ¡Ahí estaba lo bueno! ¿Quién no es pecador? ¡Si todo terminara en el acabarse, en el descansar, en el dormir! (...) Pero, lo otro... lo del cielo y el infierno de que hablaba el padre Ramírez... (p. 10)

En esta novela, los indios ni siquiera tienen la esperanza de que descansarán cuando mueran. Viven inmersos en un mismo tiempo que corre sin cambios y sin un fin. Se dice que su tierra está marcada "de huellas que no borra el tiempo" (p. 4), porque las nuevas generaciones vuelven a caminar sobre los mismos pasos que dieron sus antepasados. Mauricio Magdaleno en *El resplandor*, representa un tiempo detenido, al parecer, de forma irremediable. En realidad hasta la parte final de la novela se aclarará si existe la propuesta de un cambio o si el tiempo seguirá transcurriendo en forma circular.

Los tiempos en esta novela se superponen. Hacer referencia al pasado es, a la vez, situarse en el presente y proyectar la misma situación hacia el futuro. Magdaleno termina con la concepción de un tiempo lineal en la narrativa mexicana, el cual resulta limitado para representar la realidad de los indígenas de nuestro país. De esta forma, en *El*

resplendor, una nueva visión del tiempo supera a la de la narrativa precedente:

Cincuenta, cien años, son nada, un minuto en la existencia del páramo. Donde nunca floreció la esperanza de algo, tampoco tiene razón de ser la medida de nada. Allá tras lomita dice el indio, y quien inquiera corre días y días y no alcanza el sitio buscado. (p. 8)

Magdaleno nos hace tomar conciencia acerca de la gravedad de los problemas que existen en las comunidades indígenas. Como lectores somos testigos de la tragedia de un pueblo que ha permanecido dominado a lo largo de diferentes etapas históricas y que recibe con resignación este yugo. Desde el siglo XVI los otomíes vivieron, primero, bajo la férula de la familia Fuentes, establecida en la hacienda "La Brisa", la cual parecía un oasis dentro de aquel paisaje árido y miserable, pero la prosperidad de esta hacienda no se reflejaba en San Andrés. Sin embargo, cuando las adversidades persiguieron a la familia Fuentes, éstas sí recayeron sobre los indios.

Para los indígenas los Fuentes fueron los responsables de la maldición y la injusticia que pesaban sobre San Andrés de la Cal. Para ellos, el único que podía lograr que el tiempo cambiara para mejorar su situación, fue Saturnino. Mientras eso no ocurriera no podían ni siquiera cambiar de sitio. Tiempo y espacio permanecerían estáticos hasta que llegase alguien que los redimiera de su pecado. Como en la Comala de *Pedro Páramo*, no se daban cuenta que habían entregado su voluntad a una

fuerza exterior a ellos, lo que no soluciona ningún problema. Tanto los problemas como su solución están dentro de nosotros mismos.

Parle Denis Jerome³ en su tesis de doctorado realizó un análisis del tratamiento del tiempo en la obra de Magdaleno, principalmente en *La tierra grande*, cuyo núcleo estructural lo forma el fluir cíclico del tiempo y de la historia, al igual que en todas las obras de la etapa madura de este autor, entre las que ubica *El resplandor*. En *La tierra grande*, el poder de la familia Sánchez Medrano se transmite por generaciones, de la misma forma que en *El resplandor* se perpetúa el de la familia Fuentes. Al final de ambas novelas existe un nacimiento, en *La tierra grande*, el de Jacinto y en *El resplandor*, el hijo de Lorenza, que dejan abierto a juicio del lector la posibilidad de un cambio dentro de este ciclo, provocado por el surgimiento de una nueva vida que va más allá de la narración.

En uno de los capítulos de su tesis, Jerome analiza *El resplandor*, novela que coloca en un periodo de transición, pues considera que es un grave error estudiar a Magdaleno como novelista de la Revolución, porque lo histórico está ubicado en el transfondo de la obra y lo conocemos sólo por la experiencia de los personajes, mientras que el mundo ficticio ocupa el primer plano. A este tiempo histórico es posible añadir tres tiempos diferentes, que como ya lo hemos analizado, se

³ Parle Denis Jerome. *El tiempo y la historicidad como factores estructurales de la obra de Mauricio Magdaleno*.

superponen y conforman un solo tiempo incierto: el presente, que se estanca en el tiempo de los indios de San Andrés de la Cal; un tiempo cíclico (el de la familia Fuentes), y el futuro, identificado con la llegada de Saturnino Herrera. Este juicio acerca de la visión del tiempo en la obra de Magdaleno, fortalece nuestra consideración anterior acerca de la nueva visión de este escritor, el cual fue creador de una novela en la que no existen los límites temporales. Mientras que en *La tierra grande* predomina el fluir cíclico del tiempo, en *El resplandor* la visión que se tiene del tiempo es más amplia, porque a pesar de que en la mayor parte de la narración los personajes viven dentro de un presente eterno, al final, el nacimiento del hijo de Lorenza representa la posibilidad de un cambio.

De este modo, los indígenas de Magdaleno se encuentran perdidos en el tiempo y es por lo anterior que están inmersos en un estado de total indiferencia y desinterés, que para ellos es completamente natural. En ellos aparentemente no existe ni siquiera el sufrimiento, ya que al igual que la tierra que habitan, sus ojos también están secos: "Ojos que han agotado el llanto, voces confidenciales y mustias, indiferencia que es como la ceniza que cubre un leño hecho ascuas" (p. 7). Su visión de la realidad es fatalista principalmente porque le han dado a otros el poder de manipularlos, no tienen confianza en sí mismos, nada esperan de la vida y el temor los invade cuando piensan en el castigo que recibirán después de la muerte. De la misma forma, para los personajes del

cuento "Leña verde", del mismo autor, la vida es dura de forma irremediable y sólo causa pesares. La familia de Maclovio estaba resignada a vivir en esas condiciones y si se negaron a apoyar a los zapatistas fue porque no se sentían capaces de ir en contra de sus amos. Su vida era rutinaria, después de la muerte de sus dos hijos, el viejo Maclovio, acompañado por su nieto va al monte "de donde volvían invariablemente con tres burros cargados de leña"⁴. La voz del niño representa la única esperanza de cambiar su destino:

-¿Por qué los indios cargamos siempre leña y los cristianos no? (...) -Cuando los indios mueren, ¿dónde se van Tata? ¡Dios quiera que no sigamos cargando leña después de muertos!⁵.

Faustino, el nieto, muere y con él toda la esperanza de su abuelo. El lector es llevado al interior de Maclovio, tan lleno de recuerdos. La noche del velorio se repite una misma escena, la de Maclovio con la cabeza agachada ante los designios de Dios.

Esta visión de la vida como un purgatorio y de la tierra como un lugar de expiación, está presente también en las obras de Agustín Yáñez, José Revueltas y Juan Rulfo, novelistas que, según la clasificación realizada por Seymour Menton, pertenecen a la tercera y cuarta generaciones de novelistas de la Revolución, los cuales marcaron un hito en la narrativa mexicana de medio siglo. Por ejemplo, en su novela *El luto humano*, José Revueltas estudia, a través de sus personajes, al hombre, universalmente hablando, cuya condición es débil y propensa

⁴ Mauricio Magdaleno, *El ardiente verano*, p. 176.

⁵ *Ibidem*, p. 176.

al pecado. La condena de sus personajes consiste en habitar una tierra sobre la que pesa una terrible maldición:

¡Si en realidad se desbordara el río! ¡Después de todo lo que había pasado en esa tierra, que primera la huelga, después el fracaso del Sistema y en seguida la sequía, como si se tratara de una tierra maldita! ⁶

Los personajes de esta novela intentan huir de esta tierra maldita como quien huye de sí mismo, pero una condena los persigue por todas partes, porque sólo podrían transformar su tierra y aliviar sus culpas en el momento en el que enfrentaran la realidad. En *El luto humano* y en *El resplandor* la condena que pesa sobre sus personajes no la impone Dios, sino ellos mismos, únicos responsables de su destino.

De forma particular José Revueltas analiza el destino del indígena a través del personaje de Antonia, madre de Úrsulo, quien cree que su origen la condena. Ser indígenas implica estar hechos sólo para la muerte, situación similar para los indígenas de San Andrés, quienes en vida experimentan el dolor de la muerte al ser marginados y sienten que el sufrimiento es algo inherente a su naturaleza.

En la novela *Al filo del agua*, de Agustín Yáñez, se hace presente la voz de la conciencia del pueblo entero, cuyos habitantes viven atormentados por la idea de que la muerte los alcance sin haberse confesado. Así como los indios de *El resplandor*, ellos consideran que no se encuentran libres de pecado y temen ser condenados al infierno. En el pecado de Micaela se ven representados los pecados ocultos de

⁶ José Revueltas. *El luto humano*, p. 39.

todo el pueblo y ante su revelación se desata la furia colectivo: "Micaela, instrumento de venganza contra los pecados ocultos y de la admonición para la corruptela en creciente, abrió lo puerto o las Furias"⁷. En este sentido, los problemas de conciencia que presento el indígena de *El resplandor* son problemas que hon venido caracterizando al mexicano en general e incluso o todo el género humano.

Magdaleno, Yáñez y Revueltas proponen uno formo distinta de analizar la realidad mexicana y sus ovances le deben mucho a la narrativa de la Revolución, de la misma forma en que la narrativa de Juan Rulfo es consecuencia de los logros de estos tres. Para el crítico de la literatura mexicana Evodio Escalante es imposible analizar lo novelo *Pedro Páramo*, de Juan Rulfo, de manera aislada, porque ésta es una consecuencia de la narrativa anterior:

Podrá discutirse si la visión de Rulfo es justa o no, pero no puede olvidarse que este texto es un eslabón, quizá el más acabado, el más perfecto desde el punto de vista formol, de una serie acabada.⁸

Este crítico analiza los antecedentes de *Pedro Páramo* desde *Tomochic*, de Heriberto Frías, novela en la que ya se dejaban ver rasgos característicos de la narrativa de la Revolución, hasta llegar a dos textos con los que tiene una relación muy estrecha: *El resplandor*, de Mauricio Magdaleno y *El luto humano*, de José Revueltas:

⁷ Agustín Yáñez, *Al filo del agua*, p. 201.

⁸ Evodio Escalante, *Tercero en discordia*, p. 16.

Hoy, como quien dice, un trazado de signos, la inercia de un lenguaje que impone sus determinaciones pero que también puede servir como punto de referencia para ubicar las alcances y las modalidades de un texto como *Pedro Páramo*.⁹

Según Evodio Escalante es más estrecha la cercanía que existe entre *El luto humano* y *Pedro Páramo*, que la que existe entre esta última y *El resplandor*. La huella que dejó *El resplandor* en Rulfo se refiere principalmente a la descripción de una tierra yerma, versión del infierno, en la que habitan hombres que han sido condenados. Por su cosmovisión, estructura y registro histórico, existe, según Evodio Escalante, más relación entre la obra de Revueltas y la de Rulfo. Los tres escritores analizan, como punto en común, a una nación en donde la Revolución Mexicana sólo pasó "de lado", y, por lo tanto, no dio solución a sus problemas sociales.

La visión que Magdaleno nos da en su novela acerca del indígena como un ser condenado se puede relacionar, como bien anota Evodio Escalante, con *Pedro Páramo*, porque los personajes de esta novela son también seres que están pagando por los pecados de Pedro Páramo, el padre que los abandonó. Ellos dependen de él, tanto como los indígenas de *El resplandor* de Dios, del sacerdote, del arno, del caudillo revolucionario y de Saturnino Herrera, que en resumidas cuentas representa para ellos, uno y el mismo.

⁹ *Ibid.*

De este modo, *El resplandor* es un importante antecedente de la narrativa mexicana contemporánea. José Revueltas, Agustín Yáñez y Juan Rulfo serán creadores de personajes que enfrentan el mismo conflicto por el que atraviesan los personajes indígenas de Magdaleno: el de sentirse como seres condenados a vivir, a causa del pecado, un infierno en vida. Revueltas y Rulfo logran darle a este problema una dimensión más universal, al demostrarnos que esa característica que Magdaleno enfocó sólo al sector indígena, es un problema que concierne al mexicano en general e incluso a todo el género humano.

Los indígenas de esta novela tienen una visión fatalista de la realidad, así que viven dentro de un tiempo eterno de condena, ante la cual reaccionan pasivamente. La vida para ellos se divide en dos planos únicos: el del cielo y el del infierno. En el primer plano están los que tienen el poder y en el segundo, ellos. Así como la hacienda "La Brisa" representa un oasis, las poblaciones indígenas representan el infierno.

III. 2 CONCEPCIÓN DE LA VIDA Y DE LA MUERTE.

Si tomamos como base el análisis que realizamos en el apartado anterior, podemos determinar que para el personaje indígena de *El resplandor*, la vida y la muerte se unen en un mismo concepto que está relacionado con la miseria y la desdicha eternas. La voz narrativa nos confirma esta relación muy claramente:

La vida se anuncia en el vientre de las mujeres sin un espasmo de tortura, y la muerte es un incidente que sorprende a los

jóvenes y a los viejos sin malograr una faena o interrumpir un caudaloso acceso de energía, (pp. 7-8)

La muerte es parte de la rutina, de lo de siempre, entre ésta y la vida no existe gran diferencia, no surge un momento de caos que provoque el cambio. La vida es sólo una acumulación de años:

Veinte años... toda una vida, que a fin de cuentas no suma sino ochenta, noventa o cien, cuando bien va... ¡qué más da para quienes no pueden conjugar los nerviosos resortes de la conciencia... para quienes nacer y morir no son más que los cabos de una suerte tremenda. (p. 8)

Para ellos su vida no tiene valor y según anota el narrador es más sentida inclusive la muerte de una mula o de un buey porque ellos al menos le dan algo de sustento a una familia. Si la vida representó un purgatorio, en la muerte no encontrarán descanso o consuelo, sino el infierno mismo.

Este concepto de la vida y la muerte lo podemos relacionar con el que tienen los personajes de Agustín Yáñez y José Revueltas. En *Al filo del agua* la vida no merece dichas, porque sólo es un momento transitorio, la antesala de la muerte. Los únicos personajes que mueren en vida para transformarse a través del amor son Gabriel, Victoria y María. Por otra parte, José Revueltas en *El luto humano* maneja la idea de que el verdadero calvario se vive en los momentos anteriores a la muerte, cuando el ser humano repasa su vida y enfrenta sus culpas. Huir de la muerte representa huir de la vida, de nuestras culpas y nuestros

resentimientos. José Revueltas nos hace ver cómo el ser humano se prepara para huir de la muerte sin comprender que ésta es su sombra.

Esta visión de la muerte de Magdaleno y Revueltas es un importante antecedente de la narrativa de Juan Rulfo. En *Pedro Páramo* los personajes están acostumbrados a la idea de que la vida es sólo un camino hacia la muerte, es por lo anterior que Eduviges toma la noticia de la muerte de Dolores con mucha calma, sin sorprenderse.

Pues bien, así como los conceptos del pecado, la vida y la muerte que maneja Magdaleno en su novela llenen una estrecha relación con los que en una etapa posterior analizarán en su obras José Revueltas, Agustín Yáñez y Juan Rulfo, lo mismo ocurre con el concepto de "tierra", que analizaremos en el siguiente apartado.

III. 3 RELACIÓN DEL INDÍGENA CON LA TIERRA.

En *El resplandor* se describe una tierra árida que sólo produce cal. Pese a lo anterior, la gente que puebla San Andrés de la Cal permanece en el mismo lugar porque según lo enuncia el narrador: "Se maldice al destino, mas no se abandona jamás a la tierra" (p. 11). En esta afirmación encontramos el fundamento del sentir del otomí con respecto a su entorno, el cual es desarrollado a lo largo de la novela.

Ahora es necesario analizar por qué los habitantes de San Andrés sí pueden maldecir su destino. Pues bien, ellos llenen todo el derecho de

maldecir su destino porque no se sienten responsables de su miseria, pues como hemos visto la responsabilidad la hacen recaer sobre otros, principalmente en la familia Fuentes. Lo mismo ocurre en las novelas *La tierra grande* y *Campo Celis*, del mismo autor, en las que se pone como manifiesto la idea de que la maldición que determina los males de todo el pueblo proviene de los poderosos, quienes manipulan el destino de estas poblaciones a su antojo, ya que de la misma forma en que pueden hundirlos en el pesimismo, también pueden provocar que surja su esperanza.

Una vez que aclaramos por qué si se puede maldecir al destino, analizaremos por qué no les es posible abandonar la tierra. Pues bien, el concepto de "tierra" implica un todo en la narrativa de Mauricio Magdaleno, ya que a ésta se aferran sus personajes porque de ella depende también su destino de vida o de muerte. Abandonar a la tierra implicaría renegar de su origen, de su única verdad. La tierra, según apunta John S. Brushwood en el análisis que realiza de *La tierra grande*, "nos hace pertenecer a algo, tener una identificación"¹⁰. Incluso Salvador de la Cruz considera que los personajes principales en la obra de Magdaleno son el indio y la tierra:

El indio y la tierra son, por ello, los personajes más significativos de sus novelas; aquél con el doloroso atavismo que parece conducirlo siempre por los caminos de una fatalidad inevitable y la tierra como el regazo cruel y

¹⁰ John S. Brushwood, *México en su novela*, p. 41.

despiadado donde el indio sufre los mayores daños que le infieren sus falsos redentores.¹¹

En *Campo Celis*, Bernardo Celis, el peón de la familia Quiroga, tiene la oportunidad de comprar la tierra que ya de antes sentía como suya, debido a que los Quiroga se habían quedado en la miseria y se aprovecharon del amor que Bernardo sentía por esa tierra: "... el quería ese pedazo de gleba y no otros. Allí estaba fundida a sementera y chiqueros, su vida misma"¹². Al contemplar aquella tierra Bernardo se aferraba a una sola verdad: "... tiene mi sangre y la de todas mis gentes..."¹³. En el momento cuando Abigail le pide que se la compre, él parecía calmado en apariencia, pero en realidad algo palpitaba dentro de él con violencia. Amaba esa tierra como nadie, sabía que ésta necesitaba del amor de los hombres y que el difunto don Santos Quiroga, pese a haber sido bueno, no había podido brindarle todo el cuidado que necesitaba. Bernardo vio morir a don Santos "sin que éste hubiera sentido el placer de preñar a su tierra, de arrancarle la vida de los surcos ágiles, de hacerla alzarse convertida en sementera..."¹⁴. De igual forma, los hijos de don Santos no tenían ningún interés en trabajar la tierra que habían heredado, actitud que pagarían tarde o temprano porque "la tierra sabe desquitarse del que no se le entrega"¹⁵

¹¹ Salvador de la Cruz, "Nuevos novelistas iberoamericanos. Mauricio Magdaleno", *El Libro y el Pueblo*, 15, marzo, 1955, pp. 14-15.

¹² Mauricio Magdaleno, *Campo Celis*, p. 29.

¹³ *Ibid.*

¹⁴ *Ibidem*, p. 87.

¹⁵ *Ibidem*, p. 91.

En *El resplandor* la situación de la tierra es distinta, porque el otomí no puede entregarse con amor a una tierra árida y, por lo contrario, ésta absorbe en sus entrañas toda la miseria y el odio del indígena, como si sobre ella cayeran todas las culpas de un pueblo. Mauricio Magdaleno en uno de los artículos que publicó en *El Universal*¹⁶, describe con dramatismo la situación de miseria que existe en el Valle del Mezquital, lugar en el que se desarrolla la novela:

Ni el mismo chamula, ni el mije, ni el tarahumara, arrastran suerte más infeliz que la del otomí del Mezquital, donde la tierra y la sequía de todo el año se confabulan para envolver a ese pueblo en un drama sórdido de miseria.

Al final del artículo propone como una solución la migración del otomí a otras tierras, lo cual es casi imposible precisamente porque en su novela nos plantea que existe un vínculo muy poderoso entre el otomí y la tierra donde habita, pues a pesar de maldecir su destino miserable, no puede abandonarla porque lleva en sus entrañas la sangre de sus antepasados, de su origen y de su carácter.

En otro artículo también publicado en *El Universal*, Magdaleno nos explica:

El mexicano jamás ha tratado de arrancarse de la durísima férula de su sino de horror. Hombre y suelo son un sacramento: aquél existe únicamente en tanto prolonga las calidades de éste.¹⁷

El personaje otomí de *El resplandor*, entonces, seguirá aferrado a esa tierra que lo representa, soportando todo tipo de injusticias por parte de

¹⁶ Mauricio Magdaleno, "Tierra del otomí", en *El Universal*, 3 de noviembre, 1942, p. 3.

¹⁷ _____, "Tierra y mito", en *El Universal*, 18 de mayo, 1957, p. 3.

quien ejerce poder sobre él y guardando la leve esperanza de que si se construye una presa para dar agua a la tierra, ésta resucitará. Por otra parte, prevalece la idea de que una terrible maldición pesa sobre la tierra, a causa del pecado de Gonzalo Fuentes.

De la tierra surgirán siempre los grandes misterios del hombre, el drama que ésta genera lo coloca entre el cielo y el infierno, en *El resplandor* se hace referencia a la sentencia del loco Tobías, un hombre que murió embrujado por unas viejas de San Felipe: "La tierra es igualita al mal de ojo, porque ya no sabe uno con quién está tratando: Si con Dios Nuestro Señor o con el diablo" (p. 20). Para Mauricio Magdaleno en la tierra de México se confunde el bien y el mal, su belleza o su aridez es causa de grandes misterios:

Flores, sangre, ritos, confabulan una atmósfera de hechicerías, una atmósfera de magia que respiramos y que señorea el impulso de las almas.¹⁸

Esta atmósfera de magia que impera en *El resplandor* está determinada, según los habitantes de San Andrés de la Cal, por la miseria y la maldición. El hombre ante la pobreza, nos dice Magdaleno, se refugia en el mundo de lo sobrenatural:

Por todas partes asoma su seña el feliche del hechicero, lo mismo en la milpa enana que surge entre la calza, que entre el huizachal y la vivienda. Las almas, cansadas de esperarse, se han refugiado en la hechicería.¹⁹

¹⁸ *Ibid.*

¹⁹ Mauricio Magdaleno, "La tierra del otomí", en *El Universal*, 3 de noviembre, 1942, p. 3.

En *El resplandor*, las autoridades en la brujería están representadas por Lugarda y Nieves "El Colorado". El pueblo otomí encuentra como única salida a su hambre y desolación la creencia en lo sobrenatural que cubre la tierra, principalmente durante las noches: "Por el día ardía el erial cenizo, calcinado hasta las piedras, y por la noche (...) la leyenda y el maleficio hacinábanse en la viscosa claridad de las estrellas" (p. 87). Las noches en San Andrés son "espesas y moradas", el morado representa precisamente el mundo de lo espiritual. Si durante el día el otomí puede contemplar con toda claridad su terrible realidad, durante la noche transforma esa realidad a través del sueño: "... y se hacinaron las nudosas sombras, se hizo la reverberación de las estrellas y un tinte lechoso esmaltó de transparencias el aire" (pp. 100-101). La anterior descripción del espacio nocturno pertenece a la parte de la novela en la que Saturnino ha regresado, es por eso que entre la oscuridad se deja ver una luz de estrellas, que más adelante se disipa poco a poco hasta perderse. Ese resplandor de esperanza, representado por la llegada del posible redentor, termina por opacarse haciendo que el paisaje tome un matiz de muerte y perdición:

Encharcábase la sombra a la difusa claridad de las estrellas y a ras del horizonte se agolpó un macazo de sangre, del aire que emergía, fina y macabra, una luna postrimera, un crestón desencajado de luna. Doblaron un lloro lúgubre las perradas, respondiéndose a la inyectiva de jacal en jacal. (p. 101)

Para los habitantes de San Andrés que dormían, la noche reflejó transparencias en su alma por el regreso de Saturnino, sin embargo la

descripción cambia en el momento en el que este último revela sus ambiciones y decide adueñarse de aquella tierra y engañar a Lorenza, la nieta de Bonifacio.

Este ambiente de magia, de sucesos que ocurren en las comunidades indígenas y que están ubicados en otro plano de la realidad, lo encontramos también en el cuento "Teponaxtle", incluido en su obra *El ardiente verano*. El capitán Solares, narrador personaje en tercera persona del plural, relata la experiencia que vivieron en una comunidad indígena que les dio asilo a él y a uno de sus compañeros zapatistas, cuando huían de las tropas del gobierno. Describe un ritual en el que todos los que estaban reunidos en un jacal formaron un círculo alrededor de una fogata y comenzaron a dar vueltas tomados de las manos, después de haber bebido un líquido que los volvió a la vida. Cuando Solares sintió que perdía contacto con la realidad, una voz dijo: "Vamos a volar" y su marcha se convirtió en un vértigo. Sintió que volaba por encima de los ríos y a la mañana siguiente descubrió muerto a su compañero, Faustino Reyes, quien tenía en sus ojos "una sombra de dulce tranquilidad". Por otra parte, no se podía explicar cómo había amanecido tan cerca de Milpa Alta, si antes había estado entre Morelos y Guerrero.

Una constante tanto en Mauricio Magdaleno, como en José Revueltas y Agustín Yáñez es la relación con la psicología de sus personajes, del

contexto geográfico. Agustín Yáñez describe un pueblo seco "sin árboles, ni huertos" (...) "pueblo de sol, reseco, brillante"²⁰. El dolor y la soledad de este pueblo se ahoga en cada uno de sus habitantes vacíos, "sin lágrimas para llorar"²¹. El estado anímico de los personajes es reflejado en la descripción del paisaje. En *El luto humano*, de José Revueltas, también el paisaje es el mismo dentro y fuera de cada hombre: "Fuera de ellos el paisaje parecía el mismo e interior paisaje que llevaban dentro: desesperanzado, contradictorio"²². Más allá del río, de la vida misma, vivían, según José Revueltas, los que se aferraban a su tierra. Este mismo aferramiento a la tierra se hace presente en los personajes de *Al filo del agua*, porque sólo María y Gabriel, el campanero, se atreven a abandonarla y buscar su destino en un lugar diferente al que los vio nacer. En *El luto humano*, las pisadas de Adán se oían como si él formara parte de la tierra misma. Y en *El resplandor*, como ya lo hemos visto, la sentencia es muy clara para el Indio: "Se maldice al destino, mas no se abandona jamás a la tierra".

En estas novelas la tierra no es tanto o más que un personaje, lo novedoso que revelan estos escritores es que la tierra no es enemiga del hombre, sino que es el mismo hombre el que la vuelve en su contra. En *El luto humano* se describe un río que ronca y que se lleva todo lo que encuentra a su paso y su furia representa la del hombre que sufre a

²⁰ Agustín Yáñez, *Al filo del agua*, p. 4.

²¹ *Ibidem*, p. 13.

²² José Revueltas, *El luto humano*, p. 29.

causa de sus culpas interiores. De este modo, la tierra que describen Magdaleno, Revueltas y Yáñez es hostil precisamente porque el hombre no actúa para transformar su estado.

Las pisadas de Adán en *El luto humano* son de negación y destrucción. Por otra parte el personaje de Úrsulo deseaba ser el único poseedor de la tierra, su actitud es egoísta y ese aferramiento se simboliza en su relación con Cecilia, quien representa simbólicamente a la tierra. En cambio, el amor de Natividad es diferente, la trata como el hombre debe tratar a la tierra, como a una diosa, a la cual hay que cuidar con el fin de prolongar sus cualidades y transformarla en beneficio de todo un pueblo. Es por eso que al morir Natividad, la tierra se abre para recibirlo en sus entrañas: "La tierra se abrió para conectar sus llamas con el fuego interno que ella mantiene allí en su corazón"²³. Esa imagen del hombre que es recibido en las entrañas de la tierra también podemos encontrarla en *El resplandor*, en la parte en la que el indio entrega a la tierra su sangre y ésta la bebe en señal de que acepta su sacrificio:

La antiquísima reyerla emergía a renovar como un rito, el sacrificio de la sangre. Se mataban, fríamente, cosiéndose a puñaladas, defendiéndose, agrediendo, tratábanse como fieras y rodando por la gleba estéril que bebía el flujir de sus entrañas. (p. 165)

²³ *Ibidem*, p. 180.

En *El resplandor*, la tierra recibe, en una escena estrujante, el dolor y la muerte, cuando son recogidos los restos de los hombres que murieron a causa del tifo:

Al resplandor de las llamas del azufre, las caras cobrizas trasudaban dolor. Se iban los niños, los viejos, los hombres útiles y las mujeres. Un carretón de basura recogió los últimos restos y los vació en la tierra, revueltos y pudriéndose. (p. 216)

La sangre de la que se alimenta la tierra otomí no es solamente producto de los crímenes del amo, sino también del indígena de San Andrés que ante las injusticias reaccionaba con violencia en contra de San Felipe, el pueblo vecino. El indígena de esta novela no puede transformar la tierra que habita con su amor y su trabajo como Natividad, en *El luto humano*, al contrario, siembra en ella el dolor, la desolación y la muerte.

En el cuento "Luvina", de Juan Rulfo, se nos describe también una tierra árida, en la que solamente se da la cal, como en el San Andrés de *El resplandor*. Parece como si en ambas tierras se concentrara toda la miseria del campesino y del indio mexicanos. Además, en ambas narraciones, los personajes son negativos, tienen una visión fatalista de la realidad, pero a pesar de su miseria no abandonan su tierra de origen:

"-Tú nos quieres decir que dejemos Luvina porque, según tú, ya estuvo bueno de aguantar hambres sin necesidad -me dijeron- Pero si nosotros nos vamos, ¿quién se llevará a nuestros muertos? Ellos viven aquí y no podemos dejarlos solos."²⁴

²⁴ Juan Rulfo, *El Llano en llamas*, p. 123.

Otra imagen de la tierra, análoga en Luvina y San Andrés de la Cal, es la lluvia que nunca llega y cuando cae sólo causa destrucción. En *El resplandor*, con el regreso de Saturnino, vuelve a llover en la tierra de los llacuaches. La primera vez coincide con la muerte de Carmen Botis, como si la tierra otomí necesitara purificarse ante el pecado que había cometido Nieves. Después vuelve a llover, pero con furia, a tal grado que la tierra, tras saciar su sed, se encharca y resucita al contacto con el agua: "...la tierra abría sus poros monstruosamente ávidos, hasta que se empañaron e hizo charcos que se precipitaron cuesta abajo, hacia el camino de La Brisa..." (p. 131). Después de que Saturnino se fue de San Andrés, tarda mucho tiempo en volver a llover y a pesar de un aguacero de tres horas que cayó en la víspera del quince de septiembre: "La cal, triunfadora, se tragaba los laboríos, y las raíces ávidas se quemaban en la gleba estéril" (p. 156).

En "Luvina", como ya señalamos, la imagen anterior se repite, según relata el narrador personaje:

-Pues sí, como le estaba diciendo. Allá llueve poco. A mediados de año llegan unas cuantas tormentas que azolan la tierra y la desgarran dejando nada más el pedregal flolando encima del tepetate. Es bueno ver entonces cómo se arrastran las nubes, cómo andan de un cerro a otra dando tumbos como si fueran vejigas inflamadas; rebotando y pegando de truenos igual que si se quebraran en el filo de las barrancas. Pero después de diez o doce días se van y no regresan sino al año siguiente, y a veces se da el caso de que no regresen en varios años.²⁵

²⁵ *Ibidem*, p. 114.

La tierra descrita por Magdalena, Yáñez, Revueltas y Rulfo está condenada, según sus habitantes, por un maleficio, que hace prevalecer un ambiente de pesimismo y muerte. La tierra bebe la tragedia del campesino y del indígena, su desgracia, su muerte. El hombre necesita transformarse para transformarla, hasta lograr que ésta sea fértil nuevamente.

CAPÍTULO IV.

RELACIÓN VÍCTIMA-VICTIMARIO.

IV. 1 El indígena como víctima.

Aurora M. Ocampo utiliza como epígrafe a su ensayo titulado "Rosario Castellanos y la mujer mexicana", uno de los poemas de esta autora, que a continuación transcribimos:

Revelación.

*Lo supe de repente
hay otro
y desde entonces duermo sólo a medias
y ya casi no como.*

*No es posible vivir
con este rostro
que es el mío verdadero
y que aún no conozco.*

De Lívica Luz (1960).¹

A través de este poema Rosario Castellanos refiere la relación que existe entre nosotros y "el otro", con quien vivimos un proceso que va desde el total desconocimiento hasta que lo descubrimos como la parte esencial de nosotros mismos. Solemos ignorarlo (pocos son los que se conocen a sí mismos), a veces lo intuimos, otras lo mantenemos a distancia, vemos en él a un enemigo, porque siempre tememos enfrentarnos a la verdad, luchamos en su contra y cuando creemos que lo hemos vencido nos damos cuenta que al herirlo nos herimos

¹ Aurora M. Ocampo, "Rosario Castellanos y la mujer mexicana", en *La Palabra y el Hombre*, Revista de la Universidad Veracruzana, 53-54, enero-junio, 1985, pp. 101-108.

también a nosotros, y al compartir ese dolor, lo concebimos por fin como la parte más importante de nuestro propio ser. Sin embargo, no todos llegamos al final de este proceso, nos quedamos en esa etapa en que "el otro" es el adversario, sin darnos cuenta que puede ser alguien que forma parte de nuestra familia, de nuestro sexo, de nuestra nación, del ser que es uno en todos los seres humanos del mundo en que vivimos.

El indigenismo mexicano ha evolucionado dentro de este proceso en el cual ese "otro" es el indígena, quien ha pasado por diferentes etapas para reincorporarse a la vida nacional. Luis Villoro en su obra *Los grandes momentos del indigenismo*, nos explica:

...el mundo indígena desde la Conquista hasta nuestros días, ha sido conceptualizado diversamente en función del tipo de conciencia histórica que lo expresa y en función de la época y situación particular de cada momento.²

Villoro llama indigenismo al conjunto de teorías y procesos que a lo largo de la historia han manifestado lo indígena. El indigenismo, explica, está formado por dos facetas principales, una de concepción y la otra de conciencia. Para el conquistador, la civilización indígena era comparable en muchos aspectos con la propia España; sin embargo, dudaba entre mantener una actitud de respeto o una de sometimiento, pues no dejaba de concebir a los indígenas como hombres que vivían engañados a causa de la influencia del demonio. Para el misionero aparece como un ser que vive en el pecado, y que es, por lo tanto,

² Luis Villoro, *Los grandes momentos del indigenismo en México*, p. 16.

culpable y demoníaco. El jesuita cree necesario defender al indígena de las calumnias; lo universaliza y lo hace trascender; sin embargo, lo considera débil de entendimiento. Posteriormente, lo indígena comienza a formar parte de un pasado muy lejano y se convierte en "un bello tema arqueológico". Es a partir del indigenismo actual que el mestizo se define e identifica con el "otro" y sólo en un tercer momento que, según explica Villoro, aún no se concreta, desaparecerán los grupos mestizo e indígena para dar lugar al nacimiento de "un elemento social único en el que no puedan plantearse ya las diferencias actuales"³.

Hasta que no exista esta integración entre el mundo mestizo y el Indígena, ambos estarán condenados "a ajustarse a los estrechos límites de los papeles de opresor u oprimido"⁴. Aurora M. Ocampo realiza un análisis de la relación entre víctima y victimario en los personajes principales de las novelas indigenistas de Rosario Castellanos: *Balún Canán* y *Oficio de tinieblas*, cuyos puntos principales son:

1. La relación víctima-victimario forma niveles en todos los ámbitos de nuestra vida. Verdugo y víctima se convierten en cómplices hasta que hacen difícil que distingamos quién es quién.

³ *Ibidem*, p. 213.

⁴ Aurora M. Ocampo, "Rosario Castellanos y la mujer mexicana", p. 102.

2. Esta relación se puede dar incluso entre individuos de la misma condición o grupo social. El que es víctima es empujado por su propia condición a convertirse en opresor de sus hermanos de grupo.
3. Los seres humanos somos capaces de regresar y suplicar por el papel de víctima que hemos jugado.
4. Esta relación nos impide el libre ejercicio de la autodeterminación y condena a ambas partes a una soledad radical.
5. Nuestros peores enemigos somos nosotros mismos, al alimentar sentimientos negativos.

En *El resplandor*, los indígenas juegan el papel de víctimas desde tiempos anteriores a la Conquista y, como ya lo hemos estudiado en capítulos anteriores, esperan que alguien, de fuera, los venga a salvar de esa situación. Por otra parte, los que pensaban que podían ser sus salvadores (Dios, el sacerdote, el amo, Marcial Cavazos, Saturnino Herrera y Melquiades Esparza) terminan convirtiéndose en sus peores adversarios, precisamente porque les dieron todo el poder para manipularlos y por ende nulificarlos. Permanecían inmóviles debido a que estaban resignados a aceptar su destino:

En el remoto ayer de las hordas sintieron el peso aplastante de la cruel explotación del blanco, y desde entonces, a través de tantos años como los luceros de las noches de San Andrés, no ignoran que es inútil rebelarse. (p. 7)

De este modo, los indígenas se acostumbran a jugar el papel de víctimas y aquellos que ejercen poder sobre ellos tienen la seguridad de que esa situación no cambiará. Para Felipe Rendón, el que fue administrador de "La Brisa", esos indios eran los mismos de antes de la Revolución, ya que era suficiente con imponérselos para que a ellos no les quedara más remedio que obedecer:

Ayer con el Porfirismo, hoy con la revolución, mañana... ¡Eran las mismas turbas de siempre, bestiales, cobardes y ciegas, obedientes al primero que llegase con ánimo de pisotearlas y meterlas en cintura! (p. 178)

Mientras el indígena continúe aceptando el papel de víctima, su situación de miseria no podrá cambiar. Según Luis Villoro, sólo hasta que se enfrente a su opresor y demuestre que tiene derecho a juzgarlo y a tomar por sí mismo el control de su vida, entonces dejará de jugar este papel:

En suma: siempre somos nosotros los que organizamos y constituimos su mundo fuera de él; y nunca sentimos la sensación de que sea él quien constituya y organice nuestro mundo fuera de nosotros. Y si alguna vez llegamos a sentir que nos mira y juzga es porque, ante nuestros ojos ya no aparece como indio.⁵

En *El resplandor* es el mestizo quien organiza el mundo del indígena y éste lo acepta. De igual forma, en la novela *Campo Celis*, Bernardo Celis se resigna a aceptar con humildad las órdenes de la familia Quiroga, aparenta ser pasivo, aunque por dentro se consume de rabia. Bernardo se siente impotente, al igual que los indígenas de *El*

⁵Luis Villoro, *op. cit.*, p. 241.

resplandor, ya que no puede luchar en contra del sistema de represión que le fue legado: "No salía del alma el igualarse a ellos. Había unos siglos de por medio de ancestral servidumbre para reaccionar insolentemente"⁶.

Precisamente esta relación entre víctima y victimario es la que, según Ángel Rama, constituye la base sobre la cual se origina la narrativa indigenista: "La novela indigenista nace de la dominación de una clase sobre otras clases..."⁷. Sólo que esta relación no sólo se da entre mestizo e indígena sino que, como apunta Aurora Ocampo, forma niveles en todos los ámbitos de nuestra vida. Así, el indígena, al no poder defenderse de su enemigo, se convierte en el verdugo de sus hermanos de grupo, de sus hijos, de su mujer y aun de sí mismo. Relación que analizaremos en el siguiente apartado.

VI. 2 El indígena como victimario.

En *El resplandor*, los indígenas de San Andrés, en primer lugar, son victimarios de sus hermanos de grupo: los habitantes del pueblo de San Felipe, con quienes mantienen una eterna disputa por la posesión de las aguas del río Prieto. En realidad, se matan entre sí por impotencia, puesto que, según señala Magdaleno:

En la ferocidad del olomí había un mundo de injusticia que estallaba. Hambre de los cuerpos, sed de las almas. Aquello iba a reventar como presa que rompe diques (...). Hacía

⁶ Mauricio Magdaleno, *Campo Celis*, p. 51.

⁷ Ángel Rama, *Transculturación narrativa en América Latina*, p. 303.

frescitos años -o quizás más- que los dos pueblos se malaban, disputándose una existencia precaria que ya hubiesen desdeñado las sabandijas. (p. 16)

Por otra parte, ya que la religión sólo había provocado temor y fanatismo entre los indígenas, ellos descargaban toda su furia en esas matanzas, pensando que peleaban en nombre de los santos que le daban nombre a sus pueblos.

La única manera de descargar su furia y sentir que también pueden ser fuertes es reaccionar en forma violenta contra sus hermanos de grupo. Es la misma razón por la cual Saturnino, una vez alcanzado el puesto de gobernador, sintió placer al poder pisotear a los caltines que lo habían humillado, sintió "el poder como una plenitud de su propia existencia" (p. 127), sólo que no le importó tampoco pasar por encima de su gente para alcanzar sus objetivos.

Finalmente, los indígenas, lo único que consiguieron al alimentar todo ese odio, fue hacerse daño a ellos mismos. Se convirtieron en sus peores enemigos, porque en vez de poner algo de su parte para cambiar la situación en que vivían, alimentaron sentimientos de temor y culpa que les impidieron actuar:

-Háganos su merced el favor de decirle al amo que está bien, que ahora ya ni remedio. Él es el señor gobernador, y nosotros... pues nosotros somos una punta de indios amolados... -Se miraba, al hablar, los pies, que se le escurrían por los harapos de guaraches- Lo que esperábamos no era cierto. Nosotros tenemos la culpa. -Dios nos perdone! (p. 208)

En el anterior diálogo encontramos a Bonifacio culpándose de su miseria ante Melquiades Esparza, con un tono lleno de amargura y

manteniendo la actitud sumisa de siempre, agachando la cabeza y pidiendo a Dios que lo perdone. No reacciona, a pesar de ya saber que Saturnino los traicionó; no se da cuenta, o no quiere darse, de que más allá de haber sido víctima del engaño, lo es también de esa actitud pasiva que agravó su miseria.

CAPÍTULO V.

PROPUESTA DE UN CAMBIO A LA SITUACIÓN DEL INDÍGENA.

V. 1 Desengaño de la comunidad de San Andrés.

El título de la novela hace referencia a dos momentos en el espíritu del otomí, uno de esperanza y otro de desesperanza. Al saber que Saturnino Herrera regresa al pueblo, en sus almas resplandece la esperanza de que su situación cambie:

...la estrella de la tarde que se levantaba en el ocaso, rumbo a Ixmiquilpan y Santiago y Yolotepec, temblaba como un resplandor de luna naciente. (p. 30)

Saturnino representó por muchos años la única esperanza, el único resplandor, para un pueblo donde ya no existía nada: "Te hemos esperado años y años... ¡Que sí no, ya me habría muerto- secundó Bonifacio" (p. 93). Desde su llegada los indios se llenaron de ánimo, y cuando se va para continuar su campaña electoral, confían en que cumplirá con todas las promesas que les hizo. Aun el paisaje calizo y desolado se cubre de colores: "Todos los colores del iris bajaron a posarse sobre los jacales" (p. 132), y cae la primera lluvia después de mucho tiempo de espera:

¡Agua... a... g... u... al
¡La primera del año, agua bendita, ¡Jugo de las espesas nubes, manantial del cielo sobre la tierra marchita y hedionda! Se quebraban los truenos, desgarrando el aire, y se hizo una atmósfera opaca en que refulgieron, fiavos, los relámpagos.
(p. 131)

Sin embargo, esa luz fue momentánea, el regreso de Saturnino sólo representó un efímero resplandor, porque después el pueblo volvió a verse en penumbras.

Bonifacio presintió desde que Saturnino era un niño, que algún día los traicionaría: "¡Luego sacan las mañas del animal los pobres inocentes! Coyote dañero... ya ve usted cómo aúlla..." (p. 78). Su presentimiento fue real, los indígenas fueron traicionados por su hijo adoptivo, aquel a quien habían salvado la vida. En el momento cuando sufren el desengaño se produce un resplandor en sus conciencias:

Allá, en los pechos, hondo, -honduras de pavor, ventisqueros de agonía- algo se había roto, y sangraba. Se hizo un resplandor en las conciencias inocentes, y su fuego les quemaba como una hoguera. El mismo pensamiento y la misma convicción negábanse a dar forma a la horrenda realidad. (p. 202)

Ambos estados, el de esperanza y el de desesperanza, los lleva a cometer actos violentos. En el primer momento, cuando tienen la esperanza depositada en las promesas de Saturnino, uno de ellos, Nieves el Colorado, asesina a Carmen Bolis sólo por proteger a su víctima. En el segundo momento, cuando son conscientes de que han sido engañados, explota la máxima violencia y asesinan a Felipe Rendón:

Cuando Llamas, herido en un brazo, consiguió arrancar de la turba enfurecida el cuerpo de Rendón, el administrador estaba dando ya las últimas boqueadas. Lo menos tenía veinte heridas, de los hombros a los muslos, y se desangraba de un modo atroz, acabó en las piernas de su fiel testaferra, mientras la indiana, en la ebriedad del pillaje, irrumpió hacienda adentro y saqueaba trojes y camión, cargando con los bulbos del maíz y el frijol. (p. 219)

Su furia es como un relámpago, ya que cuando el hermano de Rendón llega a hacer justicia, todos guardan silencio e invocan a Dios, llenos de angustia.

Después de aquel desengaño, en vez de reaccionar, se cierran más. Su furia se vuelve contra el maestro que mandó traer Melquiades Esparza, a quien intentan envenenar. Necesitan culpables, así que se lanzan contra la escuela porque ésta le había cambiado el alma a Saturnino y temían que a sus hijos les pasara lo mismo.

Con el paso del tiempo todo volvió a ser igual, San Andrés de la Cal cambió su nombre por el de Villa Herrera, para honrar, según Melquiades, a "Saturnino Herrera, el Idealista, el Incorruptible, el padre de los pobres" (pp. 256-257). Al final de la novela es elegido Benito, el nieto de Bonifacio, para ser educado, como Saturnino, en la capital del estado. Al mismo tiempo en que Benito es arrancado de los brazos de Lugarda, está naciendo el hijo de Lorenza, lo cual significa que no necesariamente tiene que repetirse la historia de miseria: este nacimiento representa la señal de que es necesario generar un cambio en la situación del indígena que parta de él mismo. El indígena puede elegir entre dos caminos, el de la sumisión o el del cambio.

Por último, haré referencia a un personaje de la novela que optó por la segunda opción: Olegario Herrera.

V. 2 Olegario Herrera.

De forma equivocada los indígenas depositaron su confianza en sus opresores, sin pensar que uno de sus hermanos de grupo podía haberlos ayudado a encontrar el camino de su liberación. Gonzalo Fuentes le había dado a Olegario Herrera un puesto de mayor responsabilidad, con la confianza de que ahuyentaría a los revolucionarios que se acercaran a San Andrés, sin pensar que Herrera terminaría uniéndose al ejército.

Aquel hombre era el único que se había enfrentado a su amo e incluso soñaba con matarlo:

Llomos, llamas del amonecer y un clarín o un gallo, gallos que cantaban su fin, gallos precursores lo fusilarían en lo traje grande donde tronaron a los cuatro alzados que él personalmente condujo a La Brisa cinco soldados de quepis pardos con su borta colorado, apunten, fuego, ay Diosito cuando mató a don Gonzalo no tenía intenciones de hacerle mal, mucho menos a su hermana y al ama de llaves (...) qué hambre canijo no me imaginaba que los muertos tuvieran tanto, no Lugardita, no se me hizo, mire que mal acabé, todo porque el diablo me armó la mano y me comprometió, lo maté a la mala, el amo me la debía, o todos nos la debía... (p. 67)

El narrador omnisciente deja de intervenir para dejar que el personaje hable, en su borrachera, por sí mismo. Más adelante Olegario se une con el coronel Benito Ochoa, para combatir en contra de Pascual Orozco. Conoce de cerca lo que es la muerte y la destrucción, abandonado y herido, en su delirio se manifiesta una vez más, el fluir de

su conciencia. Sólo en estos momentos el autor deja en libertad al indígena para que se exprese por sí mismo:

...no me apriete tanto Bonifocio que todavía duele siento el alma asinita de chiquita como una semillita de huizache y ni un jagüey ya en San Andrés demonio se están muriendo de sed los animales y los cristianos ahora verán cómo yo también tengo mi guardadito se me ha melido en la cabeza que en Paso de Toros hay agua quién sabe pero se me ha melido ah qué Olegario que sueños tienes el río Pintado se mete debajo de las peñas de Sierra de Agua como una luza que busca su agujero y ya nadie lo ve nadie en el sueño oía el ruido debajo de la tierra pegándose contra las peñas era como un rumor de ganado lejano que vuelve a la querencia lejano apagado luego se hacía más fuerte vamos a escarbar en Paso de Toros Lugardita quién quite y no sea más que un sueño ya usted sabe cómo es el agu de indina sale se esconde le gustan que la busquen a veces los jagüeyes chupan las nopaleras y el agua va apareciendo... (p. 71)

Poco antes de morir, repitió a Lugarda las mismas palabras: "En Paso de Toros hay agua" (p. 77), quiso dejarles a sus hermanos los llacuaches una esperanza, porque nadie como él quería tanto a su tierra. Cuando se encuentra con las dos mujeres que le salvaron la vida, pese a todas las atenciones que éstas le prestan, añora su tierra de origen: "¡No hay tierra como la propia, Olegario, aunque a veces la ajena sea querendona!" (p. 74), y es por esa razón que regresa. Él quería que se acabaran las rencillas entre San Andrés y San Felipe, que desapareciera la miseria. Sentía el deseo de salvar a su tierra buscando en otro lugar el agua que tanto necesitaba, y no esperando que la ayuda viniera de parte de otros.

CONCLUSIONES.

Lugar de *El resplandor* dentro del movimiento indigenista contemporáneo.

Esta novela es, después de todo lo analizado, además de consecuencia de la narrativa de la Revolución Mexicana, un importante antecedente de la narrativa Indigenista contemporánea.

Su génesis se puede explicar a través de cuatro momentos importantes en la vida de su autor:

1. Su experiencia, durante su infancia, de la Revolución Mexicana.
2. Su apoyo a José Vasconcelos como presidente de México, al sentir que la Revolución había traicionado sus postulados. El haber participado en esta campaña a lo largo de toda la República, lo llevó a comprobar que su visión acerca de la realidad mexicana no era equivocada. Pensó que ésta debía ser conocida por todos para poder ser transformada. Para Magdaleno el vasconcellismo representó el desafío a la línea oficial y una forma de purificar a la Revolución.¹
3. Su viaje a España después que Vasconcelos pierde las elecciones. Ahí reflexiona, junto con importantes intelectuales que se reunían en el café "La Granja", acerca de la situación social y cultural de México.

¹ Raúl Cardiel Reyes, Pról. a *El resplandor*, de. cit., pp. VII-XXII.

Además, se inicia como dramaturgo, la editorial "Cenit", que promovía la buena literatura de contenido social, publica su obra *Teatro revolucionario*.²

4. Su contacto más estrecho con la comunidad indígena de los otomíes. A su regreso de España, Narciso Bassols, secretario de Educación de entonces, le pide se haga cargo de la escuela rural del Mexe, donde comprueba que la Revolución se olvidó de uno de los sectores más desprotegidos de nuestro país: el indígena. Magdaleno, según Carlos Monsiváis, dedicó gran parte de su obra a "la búsqueda de la esperanza que la Revolución contenía"³. Se da cuenta que ésta traicionó sus ideales y provocó la corrupción y el oportunismo.

Mauricio Magdaleno analiza, en su novela, a la Revolución Mexicana desde una perspectiva histórica, y no como un hecho armado. La distancia que media entre el escritor y esta realidad lo lleva a ser más objetivo y a completar la visión que nos habían dado los narradores anteriores. *El resplandor* forma parte de la narrativa de la Revolución Mexicana al ampliar el concepto que tenemos de novela de la Revolución y considerar que dentro de esta vertiente, están no sólo aquellas narraciones en las que se presenta el movimiento armado de

² Demetrio Aguilera Malta, "A propósito de Mauricio Magdaleno", "El Gallo Ilustrado", 10 ene, 1965, p. 4.

³ Carlos Monsiváis, "La Revolución Mexicana y sus disidentes: Rubén Salazar Mallén, Mauricio Magdaleno", en "La Cultura en México", 1268, 16 jul, 1986, pp. 44-46.

1910, sino también las que refieren cuáles fueron las consecuencias de éste.

La única que esta novela conserva de la anterior generación es el tono de denuncia, el imponer su punta de vista y pretender con ello cambiar la conciencia del lector en vez de dejar que éste juzgue por sí mismo.

Pero Magdaleno va más allá de la narrativa de la Revolución al ahondar en el estado de desequilibrio social y político que imperó después del hecho armado, el cual no provocó ningún cambio en los sectores más marginados del país. Por otra parte, supera las técnicas narrativas de sus antecesores al presentar una línea argumental precisa y bien armada, sin necesitar describir las acciones a través de cuadros o visiones episódicas. Utiliza como recurso el libre flujo de la conciencia y enriquece su prosa con imágenes poéticas que describen la tierra y la cultura del otomí. Rompe con la concepción tradicional del tiempo, el cual representa la condena de un pasado siempre presente y cuyo cambio depende del propio indígena. El autor está consciente de que la realidad de los pueblos indígenas no se puede explicar con un tiempo lineal, pues ellos han vivido inmersos en un tiempo que corre sin cambios. Por otra parte, dota a su novela de un sentido de historicidad, al analizar la situación del indígena otomí desde tiempos anteriores a la Conquista hasta el gobierno de Plutarco Elías Calles, aproximadamente.

Corno narrador indigenista, Magdaleno estudia al indígena dentro de sus contextos, reconoce su angustia como grupo y toma en cuenta criterios culturales. Logra que el mundo indígena se integre a la novela y deje de ser un ornamento como lo fue en la narrativa indianista del siglo pasado. Su prosa, profunda y sugestiva, nos permite comprender que el cambio de la situación del indígena depende de él mismo y de la aceptación que nosotros hagamos de sus derechos, de que aprendamos a verlo como otra parte de nosotros mismos. Sin embargo, el personaje indígena presentado carece todavía de personalidad definida al ser analizado como ser colectivo y no en forma individual; por lo tanto, en *El resplandar* no se hace presente su voz. Con ello nos damos cuenta que la transformación que se generó en la narrativa mexicana fue gradual; y que Magdaleno representó un avance importante dentro de la narrativa indigenista contemporánea.

En *El resplandar* encontramos las bases sobre las que más adelante se desarrollaría la narrativa mexicana indigenista contemporánea. Magdaleno se percató de que el cambio sólo podía producirse a partir del mismo indígena y en la actualidad podemos comprobar que su visión fue acertada. Según las palabras de Luis Villoro durante la mesa redonda "Derechos de los pueblos indios", el movimiento indígena en Chiapas ha marcado un hito en la historia de México, porque los indígenas por primera vez han decidido ser sujetos de su propia historia.

La obra de Magdaleno, como bien apunta John S. Brushwood, "está abierta al futuro" al ser precursora de un cambio importante en la literatura mexicana. *El resplandor* es una de las mejores novelas de la Revolución Mexicana porque amplía la visión que se tiene acerca de este movimiento y además es, a mi juicio, la iniciadora del ciclo de la narrativa indigenista contemporánea en México. Para concluir cito las palabras de John S. Bruhswood:

El resplandor, como El indio, es una novela indigenista. Pero su alcance es mucho mayor. Es asimismo una novela de la Revolución y una novela política.⁴

⁴ John S. Brushwood, *México en su novela*, p. 371.

BIBLIOGRAFÍA.

BERISTÁIN, Helena, *Reflejos de la Revolución Mexicana en la novela*, tesis de maestría, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, 1963, 99 pp.

_____, *Guía para la lectura comentada de textos literarios*, México, Talleres de Larios e Hijos Impresores, 1977, 43 pp.

BRUSHWOOD, John S., *México en su novela*, Trad. de Francisco González Aramburo, México, Fondo de Cultura Económica, 1993 (Breviarios, 230).

CASTRO LEAL, Antonio, Introducción a *La novela de la Revolución Mexicana*, tomo I, 9a. ed., México, Aguilar, 1994, pp. 17-30.

La crítica de la novela mexicana contemporánea, Presentación, selección y bibliografía de Aurora M. Ocampo, México, UNAM, 1981, 310 pp.

"Mauricio Magdaleno", en *Diccionario de Escritores Mexicanos Siglo XX*. Desde las generaciones del Ateneo y Novelistas de la Revolución hasta nuestros días, Dirección y asesoría Aurora M. Ocampo, México,

UNAM/Instituto de Investigaciones Filológicas/Centro de Estudios Literarios, tomo V (M), en prensa.

ESCALANTE, Evodio, *Tercero en discordia*, México, UAM-Iztapalapa, 1982, 121 pp. (Correspondencia).

GUZMÁN, Martín Luis, "*La sombra del caudillo*", en Antonio Castro Leal, *La novela de la Revolución Mexicana*, tomo I, ed. cit, pp. 427-532.

JEROME, Parle Denis, *El tiempo y la historicidad como factores estructurales de la obra de Mauricio Magdaleno*, Tesis de doctorado, Kansas, University of Kansas, 1976, 282 pp.

LÓPEZ Y FUENTES, Gregorio, *El indio*, México, Bolas, 1935, 234 pp.

RAMA, Ángel, *Transculturación narrativa en América Latina*, México, Siglo XXI, 1982, 305 pp. (Crítica Literaria).

REVUELTAS, José, *El luto humano*, México, Era, 1993, 187 pp. (Obras Completas, 2)

RULFO, Juan, *Pedro Páramo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993, 159 pp.

_____, *El Llano en llamas*, México, Fondo de Cultura Económica, 190 pp.

RODRÍGUEZ CHICHARRO, César. *La novela indigenista mexicana*, Xalapa, Ver., Universidad Veracruzana, 1988, 283 pp. (Cuadernos del Centro de Investigaciones Lingüístico-Literarias, 31).

TRAVEN B., *La rebelión de los colgados*, Trad. de Pedro Geoffroy Rivas, México, Eds. Insignia, 1938, 319 pp.

VILLORO, Luis, *Los grandes momentos del indigenismo en México*, Centro de Investigaciones Superiores del INAH, 1979, 243 pp. (Eds. de la Casa Chata, 9).

YÁÑEZ, Agustín, *Al filo del agua*, 2a. edición, México, Porrúa, 1947, 389 pp. (Colección Escritores Mexicanos, 72).

OBRAS LEÍDAS DE MAURICIO MAGDALENO.

Cabello de elote, Pról. de Pedro Gringoire, México, Porrúa, 1966, 254 pp. (Escritores Mexicanos, 85).

Campo Celis, México, Eds. MAM, 1932, 261 pp.

El ardiente verano, México, Fondo de Cultura Económica, 1984, 214 pp. (Lecturas Mexicanas, 35).

El resplandor, junto con *El compadre Mendoza*, Prólogo de Raúl Cardiel Reyes, México, Promexa, 1979, 286 pp. (Clásicos de la Literatura Mexicana).

La tierra grande, México, SEP, 1987, 207 pp. (Lecturas Mexicanas, Segunda Serie, 101).

Rango, Prólogo de Óscar Cerruto, Buenos Aires, Argentina, Edif. Americalee, 1941, 321 pp.

Í N D I C E .

Agradecimientos

IV

Introducción: *El resplandor*, de Mauricio Magdaleno ¿novela de la Revolución Mexicana o novela indigenista contemporánea? 1

Capítulo I.

Concepción del indígena en *El resplandor*.

- | | |
|--|----|
| I. 1 El indígena como personaje colectivo. | 25 |
| I. 2 Principales personajes indígenas. | 32 |

Capítulo II.

Orfandad. Búsqueda del padre y dependencia del indígena.

- | | |
|-----------------------------------|----|
| II. 1 Dios. | 36 |
| II. 2 El sacerdote. | 40 |
| II. 3 El amo. | 44 |
| II. 4 El caudillo revolucionario. | 47 |
| II. 5 El hijo del pueblo. | 49 |
| II. 6 El oportunista. | 53 |

Capítulo III.

Ideología del indígena.

- | | |
|--|----|
| III. 1 Condena del otomí. Ausencia de tiempo y visión fatalista
de la realidad. | 57 |
| III. 2 Concepción de la vida y de la muerte. | 67 |
| III. 3 Relación del indígena con la tierra. | 69 |

Capítulo IV.

Relación víctima-victimario.

- | | |
|------------------------------------|----|
| IV. 1 El indígena como víctima. | 81 |
| IV. 2 El indígena como victimario. | 86 |

Capítulo V.

Propuesta de un cambio a la situación del indígena.

- | | |
|---|----|
| V. 1 Desengaño de la comunidad de San Andrés. | 89 |
| V. 2 Olegario Herrera. | 92 |

Conclusiones.

- | | |
|---|----|
| Lugar de <i>El resplandor</i> dentro del movimiento
indigenista contemporáneo. | 94 |
|---|----|

- | | |
|---------------|----|
| Bibliografía. | 99 |
|---------------|----|